

Virtus

Septiembre de 2015



UNIVERSIDAD DE
MANIZALES

Una publicación del
Departamento de Humanidades
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Contenido

Presentación.....	5
De la ‘muerte del hombre’ a los cuerpos vacíos.....	7
CARLOS FERNANDO ALVARADO DUQUE	
Pensar la expansión de la racionalidad humana	23
GERMÁN GUARÍN JURADO	
¿Qué responsabilidad subyace a las instituciones universitarias?	27
LEÓN SIGIFREDO CIRO RÍOS	
Relatos e imágenes del proceso de aprendizaje y creación conjunta con un grupo de niños y niñas vecinos y vecinas del barrio San José de Manizales	31
MARÍA ANDREA GÓMEZ G.	
Formación y Posconflicto	37
MIGUEL ÁNGEL PALACIO GIRALDO	
VII Concurso de Cuento 2015	48
Rutina raticida	51
DANIEL ALEJANDRO MEJÍA OCHOA	
Una función ardiente.....	55
JUAN DAVID MARTÍNEZ ZULUAGA	
Resurrecciones	58
JULIO FLÓREZ	



UNIVERSIDAD DE MANIZALES

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Departamento de Humanidades

Rector
Guillermo Orlando Sierra Sierra

Vicerrector
Jorge Iván Jurado Salgado

Decano
Luis González López

Editor
Alfredo Vélez

Diseño y Diagramación
Gonzalo Gallego González
Centro de Publicaciones
Universidad de Manizales

Virtus N° 1
Manizales, Septiembre de 2015

Nota: Los textos que se publican en esta revista no comprometen el pensamiento ni las políticas institucionales de la Universidad de Manizales, así como tampoco los del Departamento de Humanidades. Son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Los textos pueden reproducirse siempre y cuando se cite la fuente.
(Ley 23 de 1982. Art. 31: Derechos de autor).

4
Virtus

Presentación

La publicación **Virtus** del *Departamento de Humanidades* de la *Universidad de Manizales* surge de la exigencia, no la única, de dar cuenta del quehacer intelectual de aquellos que poseen el espíritu laborioso y, a veces, solitario de la escritura.

Se trata de esa elaboración intelectual que apela a la obligación de dar cuenta de lo que acontece o podría acontecer en la frontera de lo imposible para que tenga vida lo posible. En ese sentido, esta publicación es una manera de conceder esperanza a las ideas que circulan en los pasillos, salones, cafeterías, jardines y calles de la ciudad-universidad.

Todos, especialmente los humanistas, tienen en estas páginas la posibilidad de narrar sus propuestas literarias, filosóficas, estéticas, éticas, políticas, y todas aquellas que permiten que los seres humanos establezcan una sociedad más razonable. Podrán expresarse aquí ideas que animen el uso de la razón para que tenga un sentido y un propósito, de manera que los resultados que produzca ésta, la razón, llámese ciencia, tecnología, artes sean compatibles con un futuro que venga en contradicción con el horror, la guerra. No es hacer lo a un mundo feliz exento de contradicciones, sino aceptar éstas a favor de lo humano.

Esta labor intelectual es una obligación en esta hora de la humanidad y del planeta, pues nos jugamos, como dice *William Ospina*, lo esencial de la vida: el agua, el aire, el fuego, la tierra. Estamos en la hora incierta en la que el conocimiento que nos libera de la ignorancia, de la superstición, del miedo nos está volviendo, en una especie de eterno retorno a la ignorancia, al miedo de nosotros mismos ante las insospechadas fuerzas que desatamos los seres humanos.

Ahora, asumir la conciencia del planeta *-la casa común* de la que habla el Papa Francisco-, y que somos parte de una sociedad planetaria, no es una acción racional y razonable de poca monta. Dar cuenta –por ejemplo, través de las páginas de *Virtus*– de las ideas de aquellos que se atreven a gozarse la aventura de escribir es hacer un uso público de la razón. Es darle sentido y valor a la razón, también con su capacidad de reconocer los unicornios.

Tal es el compromiso en el cual se asienta esta publicación **Virtus**.

ALFREDO VÉLEZ

Director Departamento de Humanidades

LUIS OSPINA

Profesor Departamento de Humanidades

5
Virtus



Imágenes Post-Humanas

De la 'muerte del hombre' a los cuerpos vacíos

“Aunque las partículas hayan descompuesto el átomo, que la astrofísica haya abierto el universo, que el código genético haya descifrado la vida, yo creo, sin embargo, que la historia por venir recordará el siglo XX, más que por estas tres proezas, como el fundador de múltiples disciplinas destinadas a responder la pregunta: ¿qué es lo humano?”.
Michel Serres

CARLOS FERNANDO ALVARADO DUQUE¹

Entre muchas otras necrologías, propias del mundo contemporáneo, no deja de llamar la atención aquella que afirma la muerte del hombre. Dicha declaración ha corrido por diferentes caudales, y lo más inquietante es quizá pensar qué viene después de este sepelio anunciado. Ya Michel Foucault, en **Las palabras y las cosas**, nos alertaba de este deceso con la famosa imagen del rostro delineado sobre la arena que las olas borran con su vaivén. Dicha imagen de naturaleza alegórica pareciera sugerir que, sea lo que sea el hombre, su existencia es ilusoria, es una imagen dibujada sobre una superficie y, lo que es más inquietante, puede borrarse en un leve gesto de una descomunal naturaleza.

Sin duda, tras esta imagen, yace el espíritu arqueológico de Foucault que rastrea discontinuidades entre capas históricas. Y bien podríamos decir que esta muerte anticipa otra ruptura, el inicio de un nuevo periodo. Finalmente lo que está a punto de desaparecer, diríamos por exceso de discurso, son las ciencias humanas. El hombre, invento reciente, ha sido finalmente un efecto de fuerzas discursivas sobre un cuerpo que, tenemos que decir, tiene una singular capacidad de resistencia. Pese a tantas presiones que recibe (discursos psicológicos, sociológicos, clínicos, políticos, anatómicos, genéticos) sigue en pie. Desfigurado quizá, sin capacidad de re-conocerse en ningún espejo, pero firme.

¹ Comunicador Social y Periodista. Profesor del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. cfulvarado@umanizales.edu.co

Estamos de cara, por lo menos en los últimos años, frente a un vacío. Digamos que el mar no solo borro el rostro de arena, sino que devino tifón y destruyó la playa entera, des-hizo la superficie. No hay rostro, pero en medio de los estragos el cuerpo sale a flote. No tiene ya identidad. Tal como ocurre en un bello filme del cineasta finlandés Aki Kaurismäki titulado: **Un hombre sin pasado** (2002) la humanidad, alegóricamente, ha perdido las marcas de su memoria. En este filme un soldador llega en tren a Helsinki. Tras bajarse de la estación es atacado salvajemente en un parque por un grupo ultraderechista. Antes del amanecer muere en el hospital. Y no cabe duda de ello, pues no solo presenciamos al médico declarando su muerte, sino sus signos vitales desvanecer del monitor que chequea su corazón. Segundos después, completamente vendado, se levanta súbitamente y comienza la historia. Lo interesante de esta imagen es que este hombre muerto no tiene rostro. Los vendajes anticipan, no solo la pérdida de memoria por el brutal ataque, sino el hecho de que el propio hombre ha destruido todo modo de configuración de lo humano.

El trabajo de Kaurismäki tiene como rasgo distintivo el que este hombre, por su falta de memoria, construye una nueva vida, como si fuera una bendición. Pero ello no ocurre en un mundo idílico, sino en medio de una comunidad de hombres desempleados que viven en viejos contenedores en una zona portuaria. La representación de estos nuevos cuerpos es tan estoica que, lejos de cualquier dramatización clásica, parecieran construir lazos con facilidad, sin necesidad de ningún drama social por sus paupérrimas condiciones. No se re-conoce en ellos el gesto propio de una humanidad en crisis. Es tal vez el más elegíaco retrato del hombre después de la muerte del hombre. Una imagen cinematográfica de los post-humanos, sin el singular miedo a la muerte del hombre que acompaña a la mayoría de los discursos humanistas. No cabe duda, el cine, quizá, mejor que la filosofía, nos presenta una radiografía del mundo del hombre tras su propio deceso.

1

Precisamente, Georges Canguilhem da continuidad a esta necrología con un texto titulado **La muerte del hombre**, en el cual recupera la lectura de cuño estructuralista que sugiere que lo humano carece de cualquier base sustancial, y no es sino el efecto producido por una malla que busca desesperadamente ordenar una materia. Por ello nos recuerda el papel crucial que el lenguaje ha jugado en cualquier práctica antropológica. En otras palabras, no hay hombre por fuera de la urdimbre del

8

Virtus

lenguaje. Esta particular retícula revela su incapacidad de ser un simple reflejo del mundo natural. Al final de cuentas, el aparente mundo virgen, la naturaleza indómita de los sueños ecologistas, jamás ha sido cercana para el hombre. En cuanto se le visita queda inevitablemente corrompida, como si lo humano inoculara un virus incontenible que borra cualquier vestigio natural. Desde el gesto de nombrar, hasta los discursos que disponen de la materia, el lenguaje hace del mundo su patio de juegos.

Nos recuerda Canguilhem, *“El lenguaje ya no es, la fina marca de las cosas, se convierte en instrumento de manipulación, de movilización, de acercamiento y de comparación de las cosas, órgano de su composición en un cuadro universal de identidades y diferencias, dispensador y no revelador del orden”* (1966, p.532). Y tendríamos que agregar que esto no es un asunto propio de una capa histórica donde el discurso revela su poderío como es el denominado periodo de las ciencias humanas, sino que es una marca proto-histórica que sobrevuela el trayecto del hombre, desde el periodo de hominización hasta el tiempo de lo post-humano. El poderío del lenguaje ha tallado la superficie de lo humano más allá de cualquier relato histórico.

Canguilhem nos hace rememorar cómo parte del esfuerzo de Foucault en su trazado arqueológico tiene como fin mostrar al hombre como efecto, no solo del lenguaje sino también de otras estructuras como la vida o el trabajo. Conforme a éstas se configuran diferentes lapsos de tiempo; es decir, a partir de marcas epocales el hombre ofrece nuevos matices de su cuerpo: *“Desde el día en que la vida, el trabajo, el lenguaje dejaron de ser atributos de una naturaleza para convertirse a sí mismos en naturalezas enraizadas en su historia específica, naturalezas en cuyo entrecruzamiento el hombre se descubre sostenido y contenido a la vez, entonces las ciencias empíricas de esas naturalezas se constituyen en ciertas ciencias específicas del producto de esa naturaleza y por consiguiente del hombre”* (Canguilhem, 1966, p. 537). Y lo que se nos revela, como antes sugeríamos, es la ilusión de una naturaleza incontaminada. Nunca ha existido lo humano por fuera de las estructuras con que el hombre organiza lo que le rodea, y al final es organizado él mismo, en términos históricos. Lo interesante de esta lectura es que finalmente las ciencias humanas no han podido (porque su objeto nunca ha existido) estudiar la naturaleza humana. Su operación, que proviene del sueño antropológico de encontrar la sustancia del hombre, cae presa del engaño histórico de que la representación develará el misterio de las cosas.

Por eso la muerte del hombre, sea en la alegoría del rostro en la arena de Foucault, en la falta de memoria del soldador de Kaurismäki, o tras la imposibilidad de asir la naturaleza para un cuerpo que vive presa de sus estructuras, nos obliga a pensar qué hacer al otro día del entierro. Y sin duda ese día ha llegado, pero no porque el hombre se haya des-humanizado o porque finalmente nuestra sociedad, falsamente apodada técnica, no le dé lugar a los valores espirituales, sino porque no es sostenible el trono antropocéntrico, porque el hombre no posee un lugar privilegiado en medio de una época que ha des-figurado su cuerpo, que hace imposible reconocer el ideal ilustrado de cuño humanista. En esta encrucijada se encuentra una singular tensión entre humanismo y ciencias humanas. Por lo menos si continuamos en la línea crítica del pensamiento francés, las ciencias humanas también son hijas de un afán por re-velar los misterios metafísicos del cosmos. El humanismo, que corre paralelo desde el renacimiento a este afán, opera como un discurso en-caminado a mantener vivo, a toda costa, un ideal de hombre que corresponde, palabras más, palabras menos, al de una sociedad construida a partir de las letras.

No puede dejar de pensarse tanto en Heidegger como en Sloterdijk, cuando se reconoce el humanismo en esta clave. Ambos han sido acusados, finalmente con injusticia, de invitar a un anti-humanismo porque se distancian de la idea de que el hombre es capaz de conocer los misterios del universo gracias al rasgo distintivo de la razón (hombre como animal racional). Ya sea con la singular imagen del pastoreo en Heidegger, tantas veces ridiculizada, pero con una potencia alegórica capaz de un encuentro con el mundo que desafía el afán de dominio técnico moderno, o con la idea del hombre como habitante animal de parques de atracciones de Sloterdijk, tan lúcida al poner en evidencia la dependencia del hombre a espacios escénicos, queda claro que el hombre no puede seguir siendo re-conociendo el mundo encerrado en libros capaces de capturar sus secretos.

Nunca lo ha hecho, de eso no cabe duda, pero podríamos decir que el humanismo es la defensa de este tipo de hombre. Sloterdijk, siguiendo la **Carta sobre el humanismo** de Heidegger, nos regala una imagen del humanismo como una comunidad de lectores que hacen amigos a través de los mensajes cifrados en los textos, con la finalidad de crear un lazo social sostenible en el tiempo: *“Las humanidades no son en principio más que la secta de los alfabetizados, y al igual que otras sectas, también en ésta se ponen de manifiesto proyectos expansionistas y universalistas”* (2006, p.24). Pese a la rudeza contra los humanistas, Sloterdijk no desprecia el mundo epistolar de

la filosofía (¿qué son a final de cuentas los grandes textos de la antigüedad, sino cartas en busca de lectora través del tiempo?), pero sí cuestiona el efecto de poder que se deriva de esta cofradía.

Sin embargo, Sloterdijk no tiene necesidad de minar las bases del humanismo cuestionando los intereses de control, pues basta con poner en evidencia que el mundo contemporáneo, mundo donde el despliegue exponencial de la técnica nos pone de cara un paisaje cibernético, no se compeadece de un puñado de hombres que viven escribiendo cartas. *“La época del humanismo racional burgués ha llegado a su fin, porque por mucho que el arte de escribir cartas, que inspiran amor, a una nación de amigos se siguiera practicando de forma tan*



profesional, esto ya no podría ser suficiente para mantener los vínculos tele-comunicativos entre los habitantes de la nueva sociedad de masas” (Sloterdijk, 2006, p.27).

Así se nos sugiere que finalmente el hombre está de cara a la barbarie, porque el humanismo es incapaz de rescatarlo dado que su voz no se escucha (o mejor no se lee) en las sociedades contemporáneas. Su interés amoroso por salvar a quien es capaz de leer, termina por desaparecer. Y si esto ocurre, el rostro del hombre comienza a borrarse (como un dibujo en la arena, tras un duro golpe a la cabeza) dejando el cuerpo humano des-provisto. Nuestro filósofo señala que el humanismo, en su afán expansionista, finalmente domestica al hombre. Diríamos nosotros, hace del cuerpo un lugar territorializado. La retirada de la cultura libresca equivale a una desaparición del mapa, o al reconocimiento de un cambio ecológico en el territorio humano.

Para Sloterdijk el resultado no es otro que el regreso a cierta animalidad perdida. Dicho de otro modo, si la domesticación humanista retrocede, las fuerzas animales re-configuran el cuerpo. Se pone en cuestión el proceso de hominización que

supuso una privación del lado animal que, de un modo u otro, ha estallado en el mundo contemporáneo. Por eso no duda en señalar que el hombre no ha sido tomado en serio por una especie de inmadurez animal fruto de su fracaso como mamífero que debió negar su entorno y buscar asilo en una antropología humanista. *“La pregunta por la esencia del hombre no tomará un rumbo acertado hasta que no se distancie de la práctica más vieja, obstinada y funesta de la metafísica europea: definir al hombre como animal rationale”* (Sloterdijk, 2006, p.42).

Por eso no es extraño que Sloterdijk sostenga que todo humanismo se hace sobre la negación del espectáculo. Fuera del libro, el mundo desplegado en otros soportes expresivos re-vela el goce de la animalidad por la brutalidad. Desde la negación romana del circo hasta la crítica a la industria cultural, el humanismo busca desesperadamente suprimir el *pathos* domesticando los cuerpos a través del mensaje epistolar. En el presente, por ese mismo motivo, es comprensible la resistencia académica (por no decir filosófica a escala histórica) al registro de la imagen. Su naturaleza, bien lo sabemos desde Platón, es la de la copia, del simulacro perverso, que quiere vender idolatrías, falsificaciones de la realidad. Por ello la palabra (en su más desatada dimensión fonocéntrica) debe prevalecer, sostiene el discurso humanista, porque en ella hemos sido alfabetizados, porque no hay sociedad sino por sus poderes, por su capacidad metafísica, casi criptográfica, de re-velar la naturaleza.

2

¿Qué destino tendrá el hombre en medio de un mundo donde cada vez el humanismo se des-hace? Sin duda, las lecturas siguen diversas rutas. Lo más interesante es pensar que, de algún modo, el triunfo de lo que Sloterdijk denomina parques humanos (que no son otra cosa que perímetros donde el hombre crea un cerco para habitar y sobrevivir), responden más a la lógica del espectáculo que a la dinámica letrada. Por ello puede enfatizarse que se está de cara a un nuevo hombre, un hombre después del humanista, un post-humano como ya nos sugería tanto Foucault como Kaurismäki. Y queremos creer que una de las claves para seguir el rastro de este animal inmaduro corre por la ruta de su desaparición del centro de la representación, por dejar de ser, de múltiples modos, el eje de un discurso. Citemos algunos casos a manera de ilustración: para la ciencia moderna el hombre se convierte en un dato periférico si se piensa en marcos astro-físicos o en medidas cuánticas, para el discurso ecológico opera como un cuerpo peligroso que desestabiliza el sistema, en términos

biológicos cada vez se destaca más a su herencia animal que su diferencia genealógica con otras especies, en términos cibernéticos su cuerpo pareciera más prótesis de la máquina que centro de comando, en la escena del arte casi desaparece para dar paso a otro tipo de configuraciones (paisajísticas, abstractas, maquinales).

Quisiéramos sostener que estas maneras de post-humanidad no son indisolubles del registro de la imagen. Y ello porque la imagen, en especial la imagen-movimiento (el cine), nos han puesto de cara a la necesidad de pensar más allá del modelo de la palabra, más allá de una visión del concepto como un mecanismo de generalización de tipo abstracto. No cabe duda que lo que Arlindo Machado (2000) llama cuarta iconoclasia, es precisamente un rasgo propio de la resistencia humanista a perder su control sobre el cuerpo, precisamente por la fuerza de la imagen que nos hace habitar al interior de una iconósfera amplificada.

Machado re-construye la resistencia de Occidente a las imágenes, sugiriendo tres primeras iconoclasias antes del rechazo a las imágenes por los intelectuales en el presente. Una primera propia de las tradiciones judeo-cristianas e islámicas, acompañadas de la cultura griega. Una segunda propia del imperio bizantino entre los siglos VII y IX, y una tercera de cara al periodo moderno propia de la reforma protestante. Toda la resistencia, en resumen, ataca la banalidad de las imágenes y su capacidad de distorsionar la realidad. Las imágenes, por su capacidad de plegar el mundo en otro soporte, engañan al ojo, principal medio para acceder a la naturaleza. *“Estos tres ciclos iconoclastas están fuertemente anclados en una creencia inamovible del poder, incluso en la trascendencia de la palabra, sobretudo la palabra escrita y, en ese sentido, no estaría enteramente fuera de lugar caracterizar a la iconoclasia como una especie de ‘literolatría’: el culto del libro y de la letra”* (Machado, 2000, p.4).

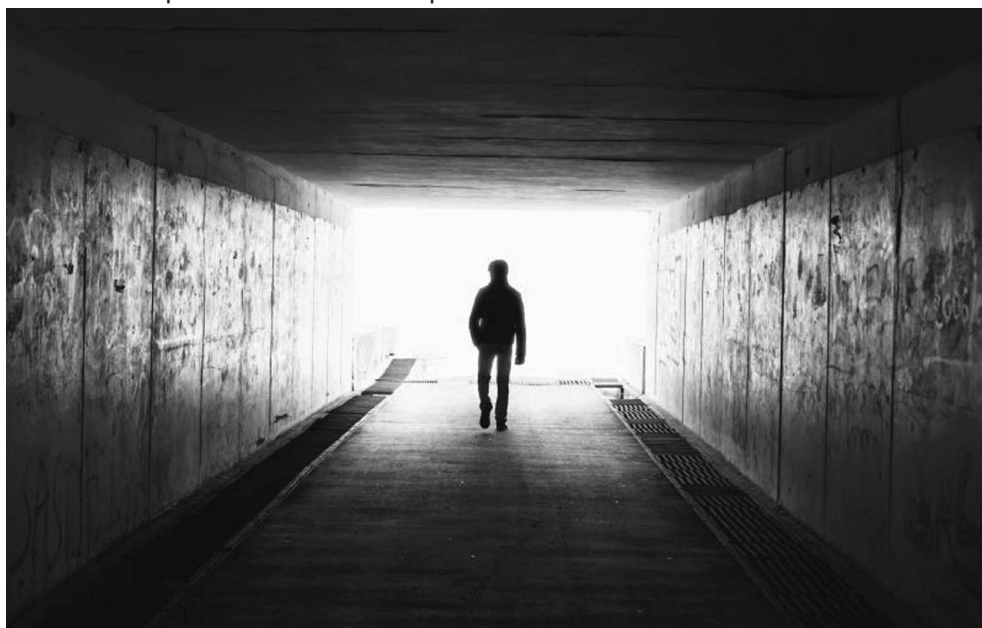
No es difícil imaginar entonces por qué tiene lugar una cuarta iconoclasia cuando se reconoce el desarrollo hiperbólico de la técnica capaz de multiplicar exponencialmente la producción de todo tipo de signos (no solo visuales, sino también sonoros, y alfanuméricos). En dicho marco las nuevas formas de configuración (los nuevos discursos, que finalmente son reificaciones de viajes prácticas) parecieran desatar la dimensión animal del hombre. De allí que la distorsión en prácticas sociales que estaban hiladas bajo la lógica de la palabra como la política o la educación, parezcan derrumbarse en una bacanal de imágenes incapaz de dar cuerpo a la amistad epistolar. No era pues de

esperarse otra cosa que la resistencia del discurso humanista ante esta violencia demencial del espectáculo. Sin embargo, y pese a esta obstinación, vale la pena recordar, como bien lo hace Machado, que las imágenes no son producto del presente (por eso hay otras iconoclasias) si bien se han amplificado gracias al despliegue maquinal de la realidad. Aunque existan grandes diatribas contra ellas, las imágenes han ganado reputación, por lo menos en el marco de ciertos formatos. Sin duda, en medio de las sociedades actuales, el cine es un buen ejemplo. Considerado actualmente como un arte (por lo menos capaz de grandes obras) se ha inoculado en todo el espectro cultural contemporáneo, hasta jalonar la dinámica de nuevos medios como el video, la imagen multimedial, la realidad virtual.

Y sin duda en el cine resuenan, por lo menos en términos de choque, elementos propios del espíritu humanista, como de la sociedad del animal inmaduro. Se destaca su capacidad de sintetizar las viejas artes (pintura, teatro, danza, poesía, arquitectura) como un gesto propio de los sueños wagnerianos de arte total, al igual que invita al hombre, hijo de las sociedades post-industriales, a la experiencia cavernosa propia del espectáculo circense. En su seno hay un nuevo parque humano, un parque de hombres que (consciente o inconscientemente) se rehúsan a abrazar la realidad natural que persigue toda metafísica. Siempre es preferible el mundo simulado de la pantalla que virtualiza lo real (que además se celebra en nueva suerte de templo que es el patio de butacas). Lo interesante es que, estos animales inmaduros, estos post-humanos que lo frecuentan, ofrecen una bella lección a los amigos de las cartas, a los hombres de letras. Su gesto de encierro, más que una evasión de lo real, es el re-conocimiento de que no hay otra realidad que la producida por ciertas fuerzas aplicadas sobre cualquier superficie, incluido el cuerpo del hombre. Y sin olvidar que detrás de la pantalla hay titiriteros, que con el cine buscan crear una marca en la cartografía humana, el gesto de evasión (que es eco de prácticas mágicas, de cosmovisiones mitológicas, de espectáculos bárbaros, de artes populares) permite resistir a la domesticación del humanismo.

Machado, además de reconocer estas potencias del cine que se basan en la capacidad de distanciarse de la representación realista, gracias a que el tiempo que se imprime en la imagen violenta cualquier cronología, lo que Bajtín denomina cronotopos (imágenes espacio-temporales), sostiene que el mundo visual actual (del cual el cine es un gran progenitor) pone en evidencia la potencia de las imágenes. Las prácticas temporales de la cronotopos (de las imágenes

cinematográficas) nos permiten reconocer que un medio de aparente vocación realista, capaz de ofrecer un registro de lo real como lo soñaban los primeros científicos maravillados con el invento de los Lumière, opera en contravía de dicha quimera. Las posibilidades de distorsión temporal impiden reflejar el mundo, pero no por un defecto de la máquina (o de los hombres que la controlan), sino porque hace evidente que la dinámica temporal no se reduce a los mecanismos del reloj. En otra vía, nos muestra Machado, que los cronotopos son capaces de mostrar cómo el tiempo se hace carne. Basta evocar la capacidad de imagen que acelera la duración temporal durante la proyección para ver crecer un flor hasta marchitarse, o de contemplar un rostro envejecer, de mirar cómo el tiempo hacer surcos en la piel.



“En lugar de favorecer el registro ‘realista’ y de adherir al modelo figurativo del Renacimiento, la inserción del tiempo en el cine genera una galería de extrañas *créatures* y se convierte en una verdadera fábrica de monstruos, o en un instrumento generador de alucinaciones...” (Machado, 2000, p.162). Y para cualquier metafísica no puede verse, en un tipo de soporte de esta naturaleza, otra cosa que la actualización del mal. Y queremos mantener esta capacidad perversa del cine para distorsionar lo real como un anticipo de la necesidad de los post-humanos de alejarse de toda filosofía especular, del credo representacionista. El trabajo de la imagen, también nos dice Machado, es cada vez más complejo. No puede haber estrategia del mal más que tras un difícil ejercicio de

artificios y procesos de seducción. Pero entiéndase en tono irónica esta idea. Esa complejidad de la imagen la potencia, la hace cada vez más capaz de ofrecernos un modo de pensar en la barbarie, por fuera de la domesticación humanista. Y la distancia con la palabra es solo aparente, si se mira con detenimiento. La tipografía es un derivado de la caligrafía (de un gesto pictórico), y su imposibilidad para ser reducida a una gramática reclama (así sea de cuando en cuando) el esfuerzo contemplativo.

No puede extrañarnos la oda de Machado a los científicos y a los artistas, que de un modo u otro, desprecia el humanismo de los hombres de letras. En ambos terrenos, estos hombres, que en medio de periodo que Foucault llama de las ciencias humanas, trabajaron desafiando el poder de la palabra, han devuelto la dignidad perdida a la imagen. *“No es por azar que el científico, tanto como el artista plástico, siempre fue una especie de afásico: hablan poco, escriben poco, usan un lenguaje extremadamente condensado, pero se expresan con una elocuencia extraordinaria a través diagramas estructurales”* (Machado, 2000, p.12). Y dicha expresividad no puede confundirse con el gesto de suponer que la imagen (en clave diagramática) es un equivalente de la naturaleza. Su potencia es estética capaz de configurar el mundo, de ofrecer una escritura nueva de lo real. Ese hombre (en germen un post-humano) invita a re-conocer otros modos de pensar que saben que el diagrama (a medio camino entre la pura iconicidad y la estructura abstracta) o, siendo más radicales, la singularidad única de la plástica o la escritura de la imagen movimiento, invitan a la abstracción en su lectura, y permiten comunión con otros animales inmaduros.

3

En un maravilloso trabajo titulado **Paisaje vacío de hombres**, José Luis Molinuevo hace una réplica del famoso ensayo de Ortega y Gasset sobre la des-humanización del arte. Como antes sugeríamos, en el territorio de las estéticas figurativas también ha tenido lugar un des-centramiento de lo humano. A partir del reconocimiento de que la plástica, en especial desde el siglo XIX, da paso al paisajismo más virulento hasta desembocar en el abstraccionismo conceptual, tanto Ortega como Molinuevo llaman la atención sobre la minimización (o desaparición) del cuerpo en el cuadro. En el caso de Molinuevo, que nos interesa en este caso, no solo se reconoce el peso de la naturaleza, como si de algún modo se actualizara, en imágenes plásticas, la desaparición del rostro humano dibujado en arena, sino que conduce a una puesta en duda del dominio

mismo del arte por parte del hombre: *“El hombre es un punto que casi desaparece en el cuadro, y eso ya es la muestra de la imposibilidad de la mimesis, de que el infinito es lo que salva pero destruyendo. No solo lo humano está ausente, como tema, en la obra de arte, sino también de su origen y destino. Es decir, que lo que es la obra en sí, anónima, una creatio sin creator...”* (1996. p.179).

En otras palabras, Molinuevo nos pone de cara al hecho de que el arte no es una simple práctica al servicio de la representación humana (sea de un supuesto referente real o imaginario, para el caso son iguales), sino, por el contrario, una potencia que lo condiciona. En clave estética el hombre ha ido configurando una existencia al margen del propio mundo. En gran medida esa ausencia antropológica, en gran parte del arte contemporáneo, llama la atención sobre la necesidad de pensar el vacío humano en el marco del cosmos (en la relación entre paisaje y cosas en que se reconoce lo humano en palabras de Molinuevo). Y por eso en la obra de este pensador español se resarce la idea de que el arte es pensamiento en imágenes, devenir expresivo capaz de enfrentarnos al problema del origen (diríamos nosotros al de un supuesto mundo metafísico que debe ser re-presentado o explicado) al poner en obra el gesto mismo de su factura: *“...el pensamiento en imágenes es el pensamiento de nuestro cuerpo que escuchamos, entonces la pintura (el cine) tiene un carácter decididamente topográfico: exploran, diseñan el espacio de lo humano, y caligráficamente escriben y tratan de hacerlo habitable”* (Molinuevo, 1996, p. 190). Tanto Molinuevo como Machado, coinciden en que las imágenes no solo permiten pensar, sino que, al mismo tiempo, se resisten a ser comprendidas como débiles sustitutos de conceptos en una clave metafísica: *“...el arte no tiene que hacerse cargo de las hipotecas del pensamiento conceptual”* (1996, p.195).

Quizá la idea del *‘paisaje vacío de hombres’* puede tener mayor honduras si se pone en sintonía con la idea del *‘hombre sin contenido’* que propone Giorgio Agamben. El filósofo italiano nos ha puesto de cara al rechazo de la animalidad humana y el deseo endémico del hombre por una existencia in-corporal, como síntoma de una negación de la vida por parte del humanismo. Por ello su propuesta de lo abierto que hace del hombre un espacio vacío entre ambos puntos (lo animal y lo espiritual) da como resultado la imposibilidad de apresar al hombre en alguna taxonomía (basta revisar su trabajo sobre la máquina antropológica-antropogénica que evidencia que el hombre carece de sustancia y es reticulado en diferentes clasificaciones con el paso de la historia): *“La máquina antropológica del humanismo es un dispositivo irónico, que verifica*

*la ausencia en Homo de una naturaleza propia, y le mantiene suspendido entre una naturaleza celestial y una terrena, entre lo animal y lo humano, y, en consecuencia, su ser es siempre menos y más que él mismo” (Agamben, 2005, p. 43). La figura de la falta de contenido, o de lo abierto, tienden a la zona de indeterminación cuando la animalidad es suspendida, un territorio vacío que permite cartografiar el cuerpo, en palabras del propio Agamben la emergencia de la *nuda vida*.*



En el caso del arte, este vacío se vuelve representativo porque alude no solo a la ausencia de hombres en la representación, sino al hecho de que, así estén presentes, no hay nada humano en ellos. En especial en el arte contemporáneo que ha sabido anticiparse a la misma filosofía colocando al descubiertos unos cuerpos que desafían la configuración humanista. Ya no es tiempo para los cuerpos medidos, estoicos, sacrales originados tanto en la Grecia clásica, como en el renacimiento italiano. Ahora otros cuerpos, sin contenido, por supuesto, emergen en un paisaje vacío de hombres. En una de las más desgarradoras películas contemporáneas, titulada **Visitor Q** (2001) del director nipón Takashi Miike, presenciamos los más singulares cuerpos. No se trata de que no estén presentes actores, ni que se dejen de representar personajes. Sin embargo, no reconocemos ningún humano en pantalla. Esta película nos ofrece las más bizarras situaciones posibles fieles a una cruda estética del asco. Su visionado nos impele a la más dura

periferia humana, rastrea los orígenes olvidados del hombre, des-hace cualquier definición humanista del cuerpo.

El relato está compelido al núcleo familiar que recibe la visita de un extraño (actualización de la perversidad). Sin embargo, dicho personaje, a pesar de su crudeza, resarce los vínculos filiales convirtiéndose en el más sórdido redentor. El asunto es que ni antes ni después de la visita pueden re-conocerse seres humanos en el filme. El padre visita a su hija adolescente en el prostíbulo donde trabaja y se acuesta con ella. La madre es azotada despiadadamente por su hijo menor quien se desahoga por el maltrato in-humano que recibe de sus compañeros de clase. El padre, periodista de profesión, es objeto de una violación, con un micrófono, por unos iracundos transeúntes que no desean ser entrevistados. La madre se prostituye para comprar y consumir heroína. Al final hay varios asesinatos, escenas necrófilas, desmembramiento de cuerpos, que unen de nuevo a los miembros del hogar, restañen sus propias vidas fracturadas. En una imagen que pareciera evocar un regreso casi animal al nacimiento, la historia cierra con la madre amantando a sus dos hijos. Y si bien todo la película puede parecer gratuita, más allá de la crudeza de las imágenes se recupera la animalidad como un modo de resarcir la imposibilidad de un contacto mediado por la palabra (por la razón), que fracasa una y otra vez durante la historia. El visitante se vincula a muchas de las prácticas perversas como si su participación leccionara a estos cuerpos des-hechos para la supervivencia. En un singular terrorismo para estos hombres sin contenido, el mundo queda como un telón blanco para ser cartografiado. Lo clave es que no hay posibilidad de ningún humanismo para estos post-humanos.

Sin embargo, no se trata de justificar actos de esta naturaleza, sino de poner en pantalla el desgaste de lo humano y la emergencia de lo post-humanidad. Como bien señala Agamben el arte es producto de un hombre sin contenido (la disuelta figura del artista) capaz de devolvernos a los orígenes. Y ese regreso equivale de nuevo a las preguntas. Es el sentido el que queda en cuestión. Se desafía la respuesta metafísico-humanista que se anquilosa en el tiempo. De nuevo se vitaliza el interrogante ¿qué es el hombre? *"...el regalo del arte es el regalo más original, porque es el regalo del mismo lugar original del hombre"* (Agamben, 1998, p.166). Para la época de los post-humanos queda la necesidad de comenzar otros rastreos que ofrezcan las marcas de sus nuevos modos de con-figurarse. Más allá de un afán de naturaleza ontológica, por lo menos de dar un sentido definitivo al hombre, emerge su domesticación presa de discursos, su inmadurez animal, su vacío y apertura. El

rastreo del devenir de unos cuerpos resistentes alaarenga, a su reticulación, ha de correr por diversas vías. No nos cabe duda que el cine es una de estas rutas, gracias a su capacidad de abrazar su dimensión técnica, que a despecho de la crítica humanista, nos ofrece una singular clave para comprender la muerte del hombre.

No se trata de pensar que el hombre ha muerto víctima de la tecnificación, si bien es cierto que en una sociedad tecnologizada, como la nuestra, los cuerpos se han convertido en prótesis de las máquinas. Lo que ha de interesar es pensar cómo las máquinas han abierto otros modos de devenir para los cuerpos post-humanos. Para efectos nuestros el cine como aparato (máquina interconectada con otras máquinas, tanto mecánicas como simbólicas) ha puesto al hombre a circular por fuera del libro. Y no se nos malentienda, el libro es un dispositivo poderoso, pero su idolatría es peligrosa. En su **Fenomenología del gesto**, Vilém Flusser arremete contra la sociedad contemporánea aduciendo que el tipo de trabajo que la caracteriza la ha hecho presa de un proceder únicamente metodológico. Con ello, quiere dar a entender que la única pregunta que se hace este tiempo es cómo deben hacerse las cosas, pues ya no se formulan las preguntas por cómo son (ontología), ni por cómo deben ser (deontología). Y esto, a su modo de ver, es resultado del dominio de las máquinas que des-hacen cualquier otra posibilidad de despliegue de los cuerpos. *“No hay nada más allá del aparato; y cualquier especulación ontológica o ética que va más allá del mismo, es decir, cualquier cuestionamiento de la función y del funcionamiento, se ha convertido en metafísica y ha perdido su sentido”* (Flusser, 1994, p. 27).

Tiene razón Flusser al asegurar que no hay nada más allá del aparato, si supone que puede haber hombres por fuera de ellos. Diversas técnicas (con mayor o menor grado de maquinación) han dado, históricamente, forma al cuerpo. Unas técnicas le dan muerte al hombre, otras condicionan lo post-humano. Pero el problema es querer cavilar que puede pensarse el cuerpo por fuera de la dimensión técnica, o que no puedan formularse preguntas ontológicas a su estado actual de prótesis. En el cine la máquina tiene la capacidad, como dice Machado, de que el tiempo se inscriba en el cuerpo y, como dice el mismo Flusser, el cine no solo represente el acontecer del tiempo, sino que deviene en acontecimiento temporal.

Se multiplican las temporalidades para el hombre (sin que se niegue que otros aparatos estéticos también lo hayan hecho). Lo clave es que el devenir humano sigue estos caudales. No es posible establecer los resultados, ni seguir soñando

con sustancialismos para el cuerpo. Lo que sí es posible es re-conocer nuevos medios para estudiar la dinámica que hace del homo sapiens, de estos animales inmaduros, una pregunta perpetua. En calidad de lenguaje, arte y técnica, el cine (medio post-humano sin duda alguna) genera escrituras sobre diversas superficies. Inscribe marcas temporales en los cuerpos, pone cuerpos en paisajes, hace nuevos territorios expresivos en pantallas.

En palabras de Flusser: “...las imágenes del film no significan, como las imágenes tradicionales, una realidad escénica, sino que significan conceptos, los que a su vez significan escenas. En el film, como en la imagen tradicional no se representa un fenómeno, sino una teoría, una ideología, una tesis que significa como fenómenos” (1994, p. 122). Tras la muerte del hombre no se espera que renazca otro hombre, aunque será inevitable que el afán por sustancializar lo continúe, por lo tanto habrá nuevos humanismos. Sin embargo, en esta época post-humana, artes como la pintura, el cine, y, quizá, expresiones propias del territorio digital, tienen la buena fortuna de desafiar los esfuerzos metafísicos. Estos medios, incapaces de representar la realidad, solo nos invitan a fabular nuevas potencias para el cuerpo.

Bibliografía

- Agamben, G. (1998). *El hombre sin contenido*. Barcelona, España: Áltera.
- Agamben, G. (2005). *Lo abierto. El hombre y el animal*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Canguilhem, G. (1966). La muerte del hombre. En *Revista Eco*, Vol. 18 (núm. 15), 515-542.
- Flusser, V. (1994). *Los gestos. Fenomenología y comunicación*. Barcelona, España: Herder.
- Machado, A. (2000). *El paisaje mediático. Sobre el desafío de las poéticas tecnológicas*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Molinuevo, J.L. (1996). Paisaje vacío de hombres. En Pardo, J.L. et. al. (Ed.), *¿Deshumanización del arte? (Arte y escritura II)* (pp. 177-205). Salamanca, España: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Sloterdijk, P. (2006). *Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Heidegger*. Madrid, España: Siruela.



Pensar la expansión de la racionalidad humana

GERMÁN GUARÍN JURADO¹

¿Existe lo que pudiera llamarse una colección de humanidades? Esta pregunta se refiere al lugar de las humanidades en el conjunto de las ciencias y en razón a la organización que hacemos de nuestras ciencias y conocimientos. Conocemos las colecciones de ciencias y tecnología (matemáticas, física, química, ingeniería, biología); las de ciencias sociales (metodología de la investigación, comunicación social y periodismo, derecho y educación); las de ciencias humanas (filosofía, psicología, religión, historia, geografía, literatura); las de ciencias económicas (administración, contaduría, mercadeo, economía); las de ciencias de la salud (medicina, anatomía, fisiología, etc.). Así aparecen las colecciones de las ciencias en las bibliotecas, las humanidades no aparecen, salvo la alusión a la literatura, a la filosofía entre las ciencias humanas, que aparecen como un apéndice de las ciencias humanas. Distintas incluso de las ciencias sociales.

Las humanidades son relacionadas con el conjunto de las artes, sobre todo desde el renacimiento: con la pintura, con la escultura, con la literatura y con la filosofía, apartadas del conjunto de las ciencias e identificadas como actividades extra-científicas. ¿Por qué entonces clasificarlas en el conjunto de las ciencias? Las humanidades son independientes de las ciencias, no necesitan ser ciencias. No son apéndices de ninguna ciencia. Ni de las ciencias humanas ni de las ciencias sociales. Ciencias de cuya diferencia hoy se duda.

¿A qué nos referimos hoy, por tanto, cuando decimos humanidades, y más todavía, a qué nos referimos hoy cuando decimos humanistas? ¿Es lo mismo decir que nos dedicamos a las ciencias humanas o a las ciencias sociales que decir que nos dedicamos a las humanidades y/o que somos humanistas? Es esta discusión sobre las humanidades, sobre los humanistas el campo de lo descértico y desértico.

Siempre nos fue grata la figura de Leonardo Da Vinci: un humanista. ¿Por qué? En Apologías y rechazos, Ernesto Sábató hace una semblanza excelente del humanista. A esta semblanza me quiero referir: era un gran conversador, apuesto y refinado,

1 Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Manizales. gerguaju@hotmail.com

elocuente, en su juventud algo presuntuoso. Enigmático, como lo son sus cuadros, críptico, dice Sábato. Algo melancólico, solitario. Enfermo de humanidad quizá, como se desprende de algunas anotaciones en las que se refiere a lo mundano. Era un hombre trágico. En el taller, en el que tenía bajo la tutela de Ludovico El Moro, se acompañaba a un lado de un dragón, al otro de un panel sobre la flagelación de Cristo. “Como científico, se servía de la luminosa razón; como artista, exploraba un universo que únicamente puede indagarse con la intuición poética, oscuro e inexplicable...” Era un hombre con “ojos de nictálope”. Tan fácil estaba en un taller de arte, en una morgue que le servía de laboratorio para intentar descifrar el misterio de la vida, o en un salón de la corte.

Da Vinci encarna una humanidad que despierta al cuerpo y al paisaje, a lo más profano de la realidad humana, no sin desgarramiento, no sin incertidumbres, no sin contradicciones, como el de ese profundo amor a la naturaleza y a la vez esa intensa sed de dominio, que termina consagrada en la gran ciudad liberal y burguesa, regida por cantidades y abstracciones, leyes formales supremas, afán de geometría, matemática y riqueza. Encarna una humanidad que despierta de las tinieblas a la luz, que vive un claroscuro entre dos épocas, una que termina, otra que empieza. Dualidad algo metafísica, algo tecno-científica de los tiempos de todo renacer.

El campo de lo descértico y desértico es el de nuestra moderna soledad. Cuando hemos perdido el pilotaje de nuestros productos: la técnica, el mercado, la acción política, y naufragos preguntamos qué hacer, a dónde dirigirnos, con quiénes salvar a la humanidad del naufragio. Es cuestión de humanidad, de nuestra condición humana, de nuestro destino, de nuestra existencia. Del mismo modo que al parecer se disuelven-como lo advirtió Martín Buber desde comienzos del siglo- las formas orgánicas de la vida social, producto del totalitarismo y la guerra. Las humanidades, los humanistas, han de propender por restituir aquello en lo que han fracasado la razón y las ciencias: la coexistencia pacífica y reinventar la acción política.

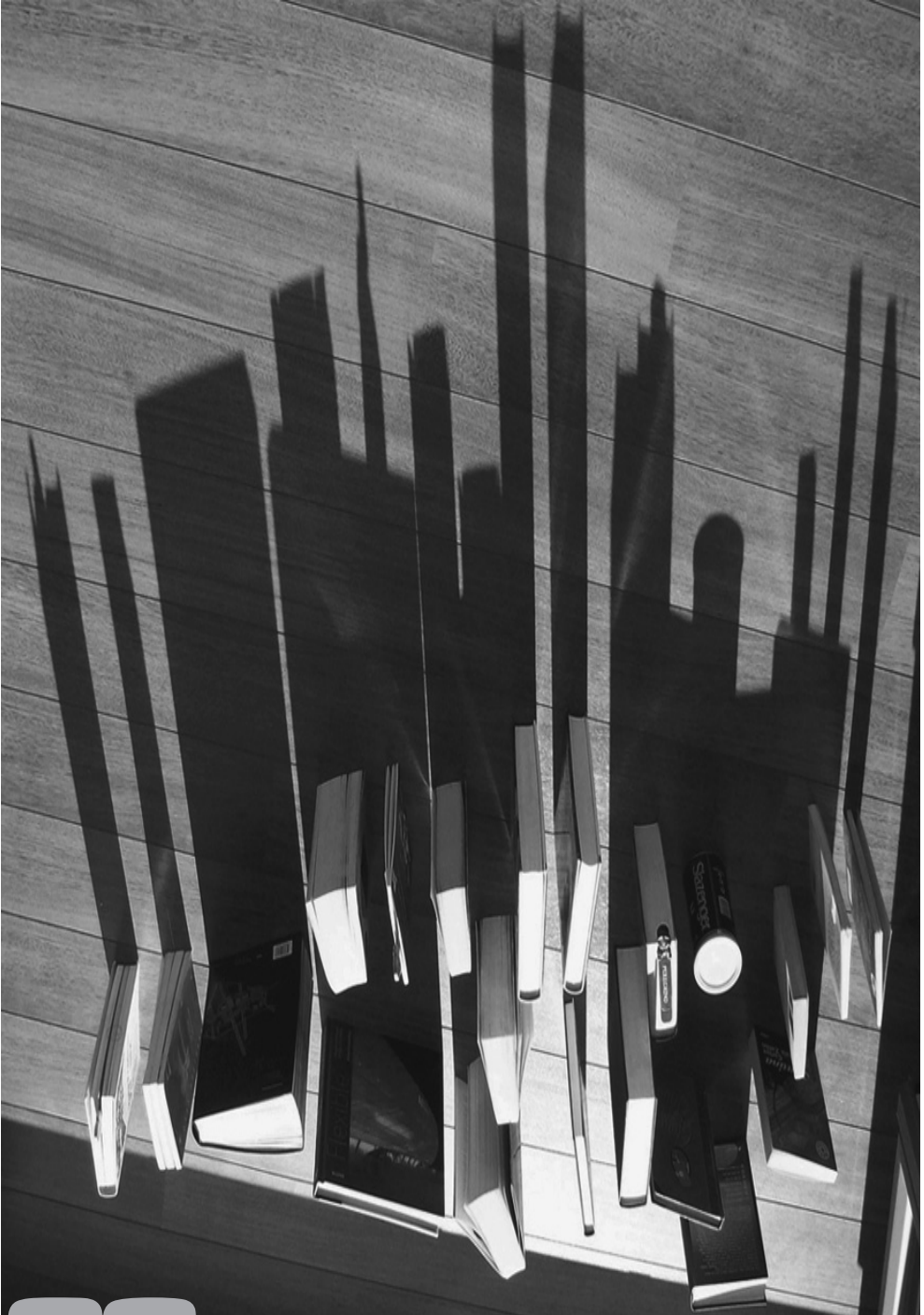


Se requiere a tal efecto un programa de humanidades. Que no puede seguir siendo el de los campos descérticos y desérticos. En el Ángel de la historia, a propósito de Ernest Bloch, el pensador chileno Hugo Zemelman nos propone un programa de humanidades: bajo el pretexto de la determinación y autonomía de la



condición humana, a la sazón de un impulso, de una fuerza de voluntad de la razón que se explaya hasta lo utópico y desconocido, es pertinente pensar permanentemente la expansión de la racionalidad humana, el desafío de potenciación de sujetos y constitución de subjetividades libres, emancipadas.

25
Virtus



26
Virtus

¿Qué responsabilidad subyace a las instituciones universitarias?*

“La sabiduría clásica nos dice que de la diversidad nace la verdadera unidad. La experiencia contemporánea nos dice que el respeto a las diferencias crea la fortaleza, y su negación, la debilidad. Y la memoria histórica nos confirma que el cruce de razas y culturas está en el origen de las grandes naciones modernas.”

Carlos Fuentes (1928 -2012)

LEÓN SIGIFREDO CIRO RÍOS¹

A los lectores de Carlos Fuentes no deja de sorprendernos el no otorgamiento del Premio Nobel. Como Borges, Fuentes fue candidato, año tras año, al máximo galardón de las letras, y como la muerte de Borges, la de Fuentes constituye un cargo de consciencia para los jurados de la Academia sueca. Ambos coincidieron, también, en la búsqueda de la universalidad, Borges a través de la construcción incesante de una *“fantástica”* de la erudición, y Fuentes a través de la búsqueda en las historias locales, criollas, de las honduras de la cultura de la humanidad, quizás porque la universalidad no es más que la abstracta imagen del tejido urdido por *todos* los arraigos culturales concretos.

Entre muchas de las maravillosas prosas de Fuentes, viene a mi memoria un fragmento de su *“¿Ha muerto la Novela?”*. En ese texto se pregunta: *“¿Qué es la imaginación sino la transformación de la experiencia en conocimiento? y ¿no requiere esa transformación un tiempo, una pausa...?”*. Las preguntas del escritor centroamericano tienden un oportuno puente con el tema anunciado en el título de este texto. Porque si hay un rasgo característico de la Universidad es justamente su vocación por la búsqueda de la universalidad a través de la di-

* Texto publicado como editorial de la Revista *Ánfora* (año 19, N° 33, enero-diciembre de 2012, Publindex, Latindex, C) de la Universidad Autónoma de Manizales.

1 Doctor en Humanidades y Ciencias Sociales por la Universidad de León, España. Profesor Asociado y Coordinador del Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad Autónoma de Manizales. Líder del Grupo de Investigación en Ética y Política, Escalafón B Colciencias 2012. Profesor asociado y catedrático de la Universidad de Manizales adscrito al Departamento de Humanidades.

seminación, la incorporación, la resignificación y la producción de conocimiento. En ese propósito, la pausa se constituye en una condición y también en una virtud. Pausa que se estima contraria a la prisa de las empresas de bienes tangibles siempre deseosas de salir, como las primeras, a conquistar del mercado. Entre la pausa de la Universidad que forma a los profesionales que demanda el mundo empresarial y la prisa con la que los empresarios buscan conquistar el mercado, se entraña una dicotomía: ¿deben las universidades subordinarse a los diversos intereses del mercado (guiarse por la demanda) o deben persistir, como hasta hace apenas sesenta años, en centrarse en el circuito del conocimiento con el (loable) propósito de orientar el rumbo de la sociedad?

Drucker, hace apenas 30 años, planteó que la razón de la mayor productividad empresarial de la historia, ocurrida después de la Segunda Guerra Mundial, consistió en la gestión especializada del conocimiento para la producción innovadora de bienes de consumo. Y si en el conocimiento especializado radicaba el factor de éxito empresarial, se entendió como consecuencia lógica que el papel de la Universidad debía consistir en la preparación de los profesionales (especializados) que el mundo empresarial demandaba. En este contexto, la universidad formadora en la universalidad, la universidad de los *“estudios generales”* pasó a ser apenas una pieza de museo... y las *“humanidades”*, otrora pilares de la formación universitaria, se convirtieron en actores de reparto, un *“requisito”* de cultura general, una *“pieza arqueológica”* necesaria para recordar la necesidad de *integralidad* (de humanidad) que subsiste al ejercicio de las profesiones, de las especialidades.

Sin embargo, pese al incremento de la productividad mundial agregada de las últimas cinco décadas, hay evidencia suficiente para afirmar que la crisis actual (social, política, económica y ambiental) está relacionada con la gestión empresarial del conocimiento especializado o, dicho de otra forma, con la poca importancia asignada a la formación en la universalidad. Se trata de una crisis de tal magnitud que, como ya señaló el maestro Hans Jonás, ha puesto en duda la continuidad de cualquier expresión de la vida en el planeta. La crisis también ha puesto en duda o el fracaso o la imposibilidad de realización de los tres pilares del Proyecto Moderno: el ejercicio de las libertades individuales (entre las cuales es preponderante el derecho a la propiedad, puesto que sin su ejercicio la actividad empresarial carecería de legitimidad social); la igualdad de cada uno de los individuos o su anverso, es decir, el reconocimiento de que las diferencias individuales a todos nos hace iguales; y la integración social

o, lo que es lo mismo, la solución pacífica de los conflictos inherentes a la socialidad.

De los tres pilares no resultará extraño afirmar que las libertades individuales constituyen un punto de no retorno en la historia de las conquistas culturales de Occidente. Han sido fundamento para el ejercicio de lo que Mises denominó en su momento *“función empresarial”*, esto es, el desarrollo de iniciativas productivas o, lo que es lo mismo, la creatividad puesta al servicio de emprendimientos productivos privados. Si hemos de estar de acuerdo en que el mundo actual es inconcebible sin empresas privadas que, al tiempo que satisfacen deseos y necesidades, generan empleo y crecimiento de la renta, y en que el desarrollo de la función empresarial se expresa en el incremento de la productividad tecnológica y económica mundiales (*lo cual puede interpretarse como el éxito de la Modernidad*), también debemos ponernos de acuerdo en que su anverso, la desigualdad social, constituye la gran tragedia de la historia humana, pues, no puede ser sino eso, una tragedia, el hecho de que cerca de un tercio de la población mundial deba sobrevivir con dos o menos dólares al día, que cerca de 925 millones de personas padezcan de hambre y de enfermedades sanitarias (de las cuales, 25 mil niños mueren diariamente por esas causas), justo en el momento de mayor productividad económica, tecnológica y científica. El balance de la Modernidad indica que haber puesto la fuerza en las libertades individuales no garantiza la igualdad social y, por el contrario, fomenta la desigualdad, hace de la exclusión un hábito y hace de la integración social una ficción.

Parafraseando a Benjamín Constant, el gran déficit del Proyecto Moderno estriba en el desprecio por los derechos colectivos. Hay una gran diferencia entre quien orienta su vida en la satisfacción de las libertades individuales y quien la orienta en función del respeto y la satisfacción de los derechos colectivos. Para el segundo, lo social precede y prevalece a lo individual, lo individual se hace posible en lo colectivo. Así, el respeto a la diferencia constituye la afirmación de que la vida debe orientarse en el respeto por el interés general, en la interiorización de una perspectiva universalizante de la vida a menudo ausente en quien orienta su vida por la consumación de los derechos y libertades individuales. Con Camps, el fracaso del Proyecto Cultural Moderno se manifiesta en un individualismo a ultranza que vive de espaldas a los intereses colectivos y que, de esta forma, incuba la intolerancia en el acervo cotidiano.

Si estamos de acuerdo en que la Universidad se legitima en la gestión del circuito del conocimiento (incorporación, disemi-

nación, resignificación y producción) y en que el conocimiento especializado es condición de la productividad empresarial, la responsabilidad universitaria consiste en advertir: i) que el conocimiento empleado en el mundo empresarial es perfectible y, por ello, ii) que su empleo como medio en las empresas de bienes de consumo genera consecuencias imprevistas (Bunge) a menudo en la forma de externalidades negativas, y iii) que esas consecuencias imprevistas son acumulativas y, en el peor de los casos, irreversibles o reversibles sólo a través de acciones correctivas de largo plazo (proyectado en procesos temporales planetarios), como bien lo señaló Jonás en referencia especial a las externalidades ambientales (hemos de recordar, con Braungart y Mcdonough, que los modelos productivos y los hábitos de consumo son los causantes de las transformaciones del clima a nivel planetario, y que las emisiones de CO2 están a punto de alcanzar el punto umbral, es decir, el límite a partir del cual se harían insostenibles todas las formas de vida en la tierra).

La Universidad no puede asumir como dicotómica la satisfacción de las necesidades de conocimiento especializado que demanda la empresa contemporánea de bienes y servicios, para las cuales se forman profesionales (o para satisfacer las demandas del conocimiento necesario para la creación de empresas de bienes y servicios), y la generación de conocimiento universal que contribuya a orientar la sociedad humana como especie en acto y en potencia. En el primer caso, el conocimiento se emplea como medio, en el segundo, como fin. Requerimos de bienes y servicios (que emplean el conocimiento especializado como medio) para satisfacer los requerimientos individuales, pero necesitamos que la producción y el consumo de esos bienes no pongan en duda la continuidad de la especie humana ni de ninguna forma de vida en el planeta. En definitiva, requerimos conocimiento para satisfacer las necesidades individuales del presente, sin sacrificar el interés general que no es otro distinto al de garantizar lo que Jonás califica como el nuevo imperativo moral: “¡Que haya una humanidad!”. Es una manera de liberarnos del sino trágico advertido por Fuentes (y así le rendimos póstumo homenaje) cuando afirmó: *“El hombre es el amo de sus fines y el esclavo de sus medios.”*

Habitancias estéticas urbanas

Relatos e imágenes del proceso de aprendizaje y creación conjunta con un grupo de niños y niñas vecinos y vecinas del barrio San José de Manizales

MARÍA ANDREA GÓMEZ GÓMEZ¹

Barrio y subjetividad

Cuando Manuel Delgado en su texto *Ciudad líquida – ciudad interrumpida* distingue la ciudad de lo urbano, alude a una diferenciación de carácter tanto física como social, en la medida en que esta formación de lo colectivo en la ciudad, tanto en su estructura como en su organización, rebasa las planeaciones territoriales y las administraciones sobre el suelo que los entes de gobierno se vienen atribuyendo desde la creación de la ciudad ideal, la polis griega.

La pregunta por la manera cómo nos hacemos colectividad, por las formas cómo nos construimos como comunidad, parecieran ya estar resueltas en este cúmulo de edificaciones, nomenclaturas, vías y normas que rigen la vida moderna dentro de esta gran maqueta que llamamos ciudad; y si bien es en ella el ensayo más exitoso donde hombres y mujeres han encontrado un lugar posible de sobrevivencia común, también ha de reconocerse que en su seno es donde se han desatado las más grandes batallas humanas y de la vida a todo nivel.

Al convertirse, la ciudad, en una máquina de habitar, se acentúa su carácter productivo en términos de industria, finanzas y capital, lineamientos que van rigiendo de manera cada vez más evidente y legal las políticas y las economías de las grandes y pequeñas urbes del mundo, bajo modelos globales de desarrollo, crecimiento y modernización. No es exagerado afirmar que ese molde idealizado y nostálgico en el que se reproducen, como sal-

¹ Comunicadora social y periodista. Profesora universitaria. mariandreago@hotmail.com

chichas, tanto las personas como las ciudades, no han quedado más que relegados a modelos repetitivos y emblemáticos que deben ser aceptados con veneración y obediencia. Plazas, parques y calles van obedeciendo más a esa arquitectura –diseño que moldea los espacios bajo la mirada de la publicidad y la grandilocuencia, así, de Grecia a Roma, pasando por París, Londres o Nueva York, saltando a Bogotá, Medellín, Cali o Manizales–, la maqueta busca su molde y la caricatura del “*hotel boutique*” se agiganta tras la fotografía y el manual de instrucciones para construir la metrópoli del futuro, donde todo se expone de igual manera porque es mercancía para la venta. Ciudad–almacén, ciudad–centro comercial, ciudad–circuito de vías que, en su estratificación arbitraria y nada accidental, moldea los espacios a merced de unos usos calculados. Ciudad–bulevar de vanidades, ciudad puentes y estaciones que transporta tanto a vendedores como a clientes hacia la entrada de la mega tienda que los espera con las puertas abiertas para comprar.

La ciudad modelo, la megalópolis ideal, edifica, bajo sus exigencias, un prototipo de sujeto que debe estar encasillado en los roles de trabajo y producción que sus lógicas exige. “*Comunidad operativa*”, según Nancy, donde sus integrantes cumplen con el papel señalado según un tipo de ocupaciones preestablecidas que determinan un lugar específico y una clasificación según las capacidades y las jerarquías de una sociedad altamente elitizada por la escala de consumo y adquisición que logre reproducir. De esta manera, se planea la ciudad a sus ciudadanos ideales, quienes participan de ella en la medida en que contribuyen con materializarla en términos de consumo y producción.

No es pues hacia una creación de comunidad genuina o de una sociedad humanizada a donde apunta el desarrollo de la máquina, y ni qué decir de ese sujeto que la habita al paso de sus restricciones y concesiones, un sujeto cada vez menos autónomo y cada vez más autómatas; así la ciudad es una máquina de guerra en donde el humano es un soldado que se acerca aceleradamente a su autodestrucción. Entonces, ¿qué resquicios, qué rincones, qué callejones, qué parques y esquinas, qué aulas e instituciones quedan como posibilidad de lo colectivo?, ¿dónde encontrar los espacios para la formación de la ciudad–comunidad, escultora de hombres y mujeres preparados para convivir, sin prejuicio, señalamiento o competencia? ¿En dónde quedan, en dónde están los espacios para el nosotros que necesitamos crear y disponer?

Lo urbano es pues la contra cara de la ciudad, el espacio colectivo que crece como la hierba entre las grietas del pavimento, la

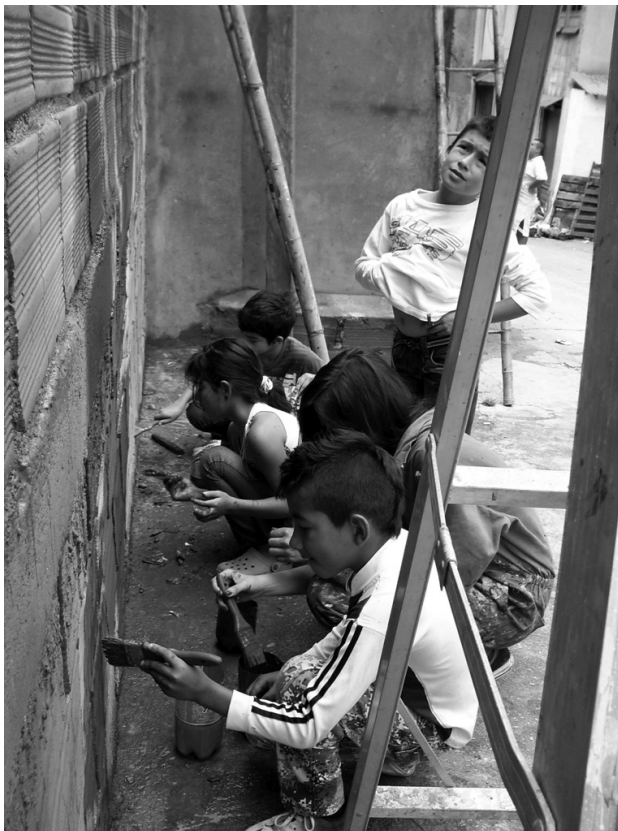
vida que emerge escapando a su asesinato premeditado. A pesar de la persecución a la que está condenado, lo urbano prolifera como desobediencia inevitable, como vida espontánea al margen, incluso, de la ley. Allí seguirá surgiendo el espacio del barrio, que es al mismo tiempo, subjetividad construida en vecindad, resquicio de comunidad viva, el espacio colectivo del barrio funciona como huella imborrable de unos sujetos que aprender a gestar lugar tras los avatares de la vida diaria.

Incluida en la lista de las renovaciones territoriales, la Comuna San José de Manizales, Barrio por excelencia, viene asistiendo a su degradación paulatina para justificar con ella, su desaparición y poder exhibir, a

todas luces, el arribo de la ciudad boutique, donde ni lo sucio, ni lo feo tienen lugar. Ciudad donde la pobreza paga la cuota para sus nuevos arrendatarios y la casa ya no es más habitáculo sino espacio de vida reducida.

Los habitantes del barrio, históricamente dueños e inquilinos llegados de los pueblos aledaños, inmigrantes del campo, desplazados, desarraigados y trashumantes de toda procedencia, han vivido en el San José evidenciando en carne propia el paso de su destrucción y los cambios que lo han ido transformando de pueblo a pequeña ciudad y de barriada a residuo ciudadano. Lo mismo parece suceder con los sujetos que la habitan, quienes pasaron de ser los gestores de una cultura comunitaria auténtica, alegre y humana, para ser hoy los detractores, marginados y expulsados de un proyecto que los requiere lejos y silenciados. Ciudad máquina de guerra que va quitando la vida de a poco, pero sin tregua.

Recorrer las calles del San José de hoy es evidenciar la profundización de un viejo problema, hecatombe social a la que ha sido arrojado el barrio gracias a las políticas de renovación,



siendo los niños y las niñas los sujetos más afectados por esta destrucción y desarraigo, quienes, desde muy pequeños, tienen que vérselas con una vida agreste, tanto dentro como fuera de sus casas. Destinados a defenderse de todo lo que los ataca, desde el hambre, hasta el abandono, estos niños y niñas son mujeres y hombres, adultos prematuros, cuyas fisionomías y movimientos van delineando unas posturas corporales y anímicas que los deja sin tiempo ni alternativa de ser los niños las niñas que son.

Los niños—hombres adultos prematuros tienen que defenderse continuamente de las agresiones de madres, padres, padrastros, tíos y hermanos mayores, al igual que de amigos y enemigos, quienes para relacionarse anteponen como condición el vandalismo, el robo, el ataque y el asesinato. Es común verlos solitarios respirando dentro de una bolsa con pegante, o en grupo buscando qué dañar o robar, a quién lastimar o agredir verbalmente. Niños que ya caminan y se mueven como hombres aguerridos exhibiendo las heridas de guerra: correazos, juetazos, latigazos, pedradas y puñaladas; niños—soldados sin batallón, sin patria ni tierra, destinados al orfanato, al reclusorio y a la muerte, como ellos, también prematura. Niños de pieles secas y desteñidas, ya con arrugas, sus miradas duras, su gesto empuñado, sus lágrimas confundidas y escondidas tras el miedo y la desconfianza, niños que sin aprender a hablar del todo ya pronuncian sin error ofensas y groserías que los exceden en tamaño.

Las niñas—mujeres, adultas prematuras que desde muy pequeñas se ven obligadas a sustituir a sus madres ausentes con el cuidado de sus hermanitos menores, en las labores de la casa y hasta en la búsqueda del alimento y el sustento para su familia. Expuestas siempre a ser violentadas y agredidas, son blanco perfecto de violaciones por parte de padrastros y vecinos a quienes, muchas veces, tienen que acudir por necesidad de refugio o alimento. Niñas ya curtidas por el afán del día a día, temerosas y lejanas criaturas ocultas entre muñecas sin ojos, buscando reñir con un mundo que les duele y no comprenden por qué; destinadas, a la fuerza a crecer y ser madres precoces, ya de sus hermanos, ya de sus propios hijos engendrados por accidente o ignorancia. Niñas llenas de culpa por los pecados de los adultos, escondiendo entre sus rosados vestidos la herida que nunca pensaron tener que padecer, como si así fuera la naturaleza misma de esa vida que les tocó llevar.

Estos niños y niñas son quienes siguen acudiendo al llamado que hiciera Urbital, semillero de investigación creación en estéticas urbanas, abierto a la ciudad hace ya 19 meses y ac-

tualmente organizado en su trabajo colectivo por un equipo de colaboradores que acompañamos al grupo de niños y niñas restantes, tras las fluctuaciones y los desplazamientos que afectan al barrio intervenido desde hace 4 años por el Macro Proyecto de Renovación. A través de este trabajo investigativo y creativo, de corte estético-social y cultural que se viene realizando en la Comuna con este grupo de niños y niñas vecinos de uno de los sectores del San José, se ha logrado entablar un diálogo cada vez más abierto, donde los encuentros semanales se siguen intensifican en confianza y reciprocidad, permitiendo convivir y proponer formas de vida diferentes en espacios comunitarios de cotidianidad y formación mutua.

Espacios gestados que pueden compartirse y ser punto de partida para la proliferación de un espíritu vecinal, solidario y colectivo, movedido en lo físico, efímero y cambiante en su forma, pero valioso y propositivo en su que- hacer de humanidad, donde los aprendizajes más significativos han salido de los propios niños y niñas con quienes *hacemos vida con-junta*, mientras buscamos las mejores maneras de relacionarnos y ser barrio a través de una dinámica urbana de movimientos que son gestos y acontecimientos tanto estéticos como sociales.

Tres registros

Cartografía viva de los tránsitos cotidianos de los niños, en tanto trama-escritura de los pasos diarios traducidos en formas de vida callejera. De cómo los niños sobre-viven al barrio actual como un espacio residual de exposición y peligro que los rechaza y dentro del cual se ven obligados a adaptarse inventando lugares para el juego, el encuentro y la fuga.

Videos y fotografías de corte narrativo y documental, que intentan dar visibilidad a esos gestos y movimientos corporales delineando la formación de una subjetividad emergente en medio de espacios y tiempos dispuestos para lo excepcional, a través una multiplicidad de acciones de habitancia, todas experimentales, performativas y auto-formativas como la olla comunitaria, La verbena comunal, la fiesta de las frutas, los espirales de aprendizaje a través de la siembra y el alimento, el modelado en barro, la escritura autobiográfica y el dibujo narrativo, el video y la fotografía documental.

Los textos relatados en forma de reflexión crítica, donde se apuesta a una composición de conjunto que narre la auténtica experiencia relacional surgida en el proceso.

Las superficies de contacto, inscripción e incorporación como materialidades sensibles que devienen cuerpos en las afec-

ciones mutuas y de donde surge un tercer espacio, liminal e intersticial a partir de los cuerpos de los niños y niñas como auténtico lugar de la experiencia. De allí surge: la nueva avenida como tobogán de risas y adrenalina, la esquina del lote baldío como parque de tránsitos efímeros y fraternidades posibles donde decido permanecer por voluntad propia sin ninguna obligación o temor, el tierrero como cancha ganada a punta de la persistencia de los partidos, la ruina como materia prima para dibujar y trazar los espacios de juego y formación en donde aprendemos a escucharnos sin gritar, en donde dialogamos con respeto y sin miedo al reproche, en donde puedo concentrarme y pensar, en donde me puedo sentar con otros a cocinar y a conversar sin afán ni distinción, en donde logro escribir, dibujar y moldear cosas que antes no había imaginado, en donde dispongo de un espacio y de un tiempo para alegrar la vida, como lo dice Karen. Un espacio hospitalario entre el mundo que mi cuerpo abre con su expresión, y el mundo que me desborda cuando entra en contacto con mi cuerpo y el de los otros; espacio excepcional de sentido, de vida y de aprendizaje, donde aprendemos juntos en la igualdad de la fragilidad y la fortaleza que podemos ser, ensayando un nosotros sencillo y delicado que aspira a hacer de la vida en común un lugar de potente humanidad.



Formación y Posconflicto

“...desean ser tuyos mientras no declares la guerra, pero cuando estalla, no piensan más que en dejarte o huir.”

Nicolás Maquiavelo
El Príncipe

MIGUEL ÁNGEL PALACIO GIRALDO¹

Introducción

Quisiera robar unos cuantos minutos al lector desprevenido y compartir algunas ideas con el lector dedicado respecto de los problemas que competen al quehacer en la convivencia social, en razón de la innegable existencia de elementos que dificultan comprender e interpretar los evolutivos pasos de nuestra sociedad; de manera específica quiero caminar por la vía de señalar los fantasmas o ídolos que otean tras la búsqueda de un hombre incauto y que luchan por infundir confusas ideas para construir, en bases de algodón, el edificio del combate con las ideas, los otros y el sujeto mismo, sin las evidencias tangibles de reglas que demarquen luchas más iguales, o por lo menos, más justas.

La sociedad demarca con evidencia la necesidad de hombres formados en la resolución de conflictos, con aguda **habilidad comunicativa** y de **investigación social**, por lo que es ineludible mirar el problema educativo y señalar opciones que preparen coherentemente para el desafío colombiano. De antemano es necesario aclarar que no es pretensión elucidar sobre lo que significa la guerra, el conflicto, la contradicción, el combate, por ello estos términos son usados de manera indistinta pero siempre con la intención directa de señalar las diversas situaciones en las que se encarna tensión, y posible violencia, tras el afán por sobrepasar al otro, o a sí mismo, a la sazón de ideas, metas, ilusiones o engaños.

1. Vida y lucha

Para muchos la vida no es más que el desgastante y ansioso esfuerzo por respirar continuamente, por defender lo que ja-

¹ Profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Manizales. miguelangelpg@umanizales.edu.co

más pedimos y que desafortunadamente se nos ha impuesto: el desarrollo de la vida y su defensa. Resultado de la lucha encarnizada que día a día enfrenta al débil con el poderoso en un panegírico de la frontal tarea de la sangre. Desde momentos remotos en la historia humana el tinte continuo ha sido el rojo hemoglobina y la defensa de infaustas ideas, la causa única del placer de retar a la naturaleza o a Dios. El disfraz recurrente son las ideas que idiotizan hasta el punto de situarse encima del verdadero valor de respirar, de existir; el escenario mítico: la guerra. Ella se ha convertido en la condición más asidua de defensa, pues es la mejor arma para continuar con el curso de la existencia; incluso, las ideas que motivan y conducen al combate, en la mayoría de los casos, no son diáfanos y se pierden en la bruma.

Ejemplo de esto es el caso colombiano en donde durante años inacabables se ha padecido de una violencia absurda y que evoluciona tan sólo en su recrudescimiento. Pareciera que las luchas de algunos desadaptados al bello entorno de nuestro país quieren someter al continuo terror y a la oscuridad de lo venidero.

No puede desconocerse el callejón monstruoso en el que diariamente se ahogan los ciudadanos que ven morir inocentes bajo las órdenes del terror; es más, los hombres que portan con dignidad el verde oliva son víctimas directas del cinismo de la realidad. Su lucha se concentra en preservar la paz y, al mismo tiempo, en vivir a diario el producto de la devastadora acción de aquellos que sumidos en densas brumas sólo vislumbran, como opción de vida, el desastre, el terror.

2. Prejuicios que desdibujan lo real

Introducir conceptos como los desarrollados por Francis Bacon, pensador del siglo XVI, resulta de bastante interés para denotar la lucha encarnizada que el hombre realiza continuamente desde las esferas más íntimas de su pensamiento. La historia se ha convertido en una especie de fenomenología del error basada en el análisis de lo que él denomina *los 'ídola'*. Para Bacon son las tendencias del intelecto humano que dan lugar a los errores y a los prejuicios, y que ocultan, por tanto, el verdadero saber.

El ciudadano colombiano debe estar preparado para afrontar directamente los elementos que, alojados en la mente, nublan las posibilidades de ver el mundo en dimensiones reales; debe enfrentar sus propias contradicciones y establecer cuáles son

los prejuicios que le atacan, pues se hacen necesarios individuos fortalecidos en su interior y con un espíritu claro para actuar como **líderes** proponentes y activos.

De manera artificial e impuesta el pensamiento humano ha sido víctima de la sombra que provoca un concepto imaginario o aceptado sin miramiento crítico, “...son fantasmas adventicios o innatos que ocupan el cerebro...”², pero bajo el influjo de preconceptos no aceptados por su comprobación, sino por su utilidad en punto de una lógica ingenua en sus alcances.³ Bacon clasifica estos artilugios de manera tal que puede comprenderse cómo en momentos y espacios distintos, el pensamiento puede verse engañado y opacado en su desarrollo, lo que necesariamente impide el establecimiento de una posibilidad estimable que explique coherentemente el mundo.

2.1. Dependientes de la naturaleza humana, los ídolos de la tribu, tienden a aceptar hechos sin documentación adecuada y a generalizar a partir de información incompleta. Éstos se manifiestan en la tendencia intelectual a considerar que las cosas existen en un grado de orden y de igualdad mayor del que en realidad se encuentran. El falso sentido común tiende a desdibujar la realidad de los hechos y de la naturaleza con la inadecuada intromisión de la corruptibilidad interpretativa del género humano.⁴

Lo que implica la superación del simple sentido común para comprometerse con la investigación de diversas problemáticas inherentes a su función, pues la estudio continuo y la capacidad de asombrarse son ingredientes más que necesarios para el individuo que pretende ser génesis de una mejor sociedad.

2.2. Los ídolos de la caverna proceden de las características específicas de cada individuo: de sus gustos, de su educación, de su tradición, de sus ocupaciones, etc. Emergen, por tanto, en la subjetividad, o dicho de mejor modo, en la particularización de las interpretaciones de la naturaleza que velan la auténtica luz de la verdad. No se trata de introducir el concepto de sujeto –subjetividad- sino de aceptar una particularización individualista de lo que el mundo es en su intrincada interpretación. Son estos ídolos producto de las visiones individuales limitadas, prejuiciosas, cambiantes o simplemente, de fácil influenciabilidad.⁵

2 Bacon, Francis, *Novum Organum*. p.19.

3 Ibid. Aforismo XXXVIII

4 Ibid. Aforismos: XLI y XLVI

5 Ibid. Aforismo XLII



Caso que con evidencia influye determinantemente en la posición frente al mundo, pues si un hombre no realiza su tarea de discernir de manera ordenada sus saberes y sus suposiciones, no podría, en el caso del garante de la Ley, caminar y actuar en la construcción de la libertad y la justicia. Los prejuicios o las subjetivas maneras de trasegar pueden ser la semilla de conflictos familiares y sociales inter-

minables que requerirían para su solución, de hombres con la capacidad de superar los *demonios internos* que acechan y desfigurán las mejores maneras de comprender y enfrentarse a la vida en su variopinto devenir.

2.3. Los ídolos del mercado causan un auténtico reino de la confusión, pues el sentido de las palabras es dado, en muchos casos, por el libre querer de las masas; incluso, llegan a utilizar conceptos ilusorios para cosas inexistentes. “Cuando los conceptos faltan, los suplen oportunamente las palabras”. La inteligencia se enfrenta continuamente al engaño fanfarrón de un lenguaje mal construido, en sentido y estructura. Se incrementan los errores conceptuales respecto del saber y de las palabras que intentan hablar del mundo.⁶

Saber cuánto se conoce del mundo está relacionado directamente con las palabras usadas para expresarlo y dibujarlo; por eso, el ciudadano debe tener las capacidades suficientes para construir y comprender las diversas estructuras conceptuales que desde la simplicidad, o la engorrosa complejidad, son parte de la realidad social del país. De esta manera podrá descubrir la vaguedad conceptual y los hilos que desde el lenguaje modifican los hechos y los convierten en falseables o confusos.

2.4. Los ídolos del teatro son todos los dogmas incorporados en el periodo en que el individuo aún no ha desarrollado la capacidad para examinarlos racionalmente (religiosos, culturales y políticos) y que son tan persistentes y tan difíciles de analizar y de distinguir con claridad. Son los que se derivan de las falsas teorías, que han engañado a los hombres a la manera como los actores engañan a su público en el teatro.

6 Ibid. Aforismo XLIII

Y si es evidente que muchas acciones del hombre son fruto de los engaños, entonces debe ser tan perspicaz que no se convierta en víctima de visiones ilusorias hasta el punto de ser partícipe en el desmoronamiento de la estructura social. Su llamado es a ser constructor, lo que requiere de audacia y fuerza interior para superar aquello que con cantos de sirena posibilita el aniquilamiento de la integridad del representante del estado, su familia y la sociedad.

El problema radica en los principios y los axiomas aceptados por un proceso de irreflexión o de simple creencia; de aceptación ciega de elementos sin la mediación del análisis crítico; tal vez, por oscuras necedades, por tendencias a oscurecer innecesariamente la realidad.⁷ Después de descubrirlos, el camino más adecuado para erradicar del pensamiento humano el influjo funesto de estas falsas imágenes es mediante la utilización de un análisis serio y legítimo, que anticipe al medio y que permita una interpretación coherente y sin prejuicios, sin necedades que desdibujen la verdadera concepción del mundo y sus diversas facetas.⁸

El hombre necesita mirar con mayor aprecio el esfuerzo que implica documentarse e instruirse para superar y renovar los conceptos sobre el mundo, la sociedad, la ciencia, la humanidad, pero siempre bajo el respeto a los dictámenes de la ley y al Estado de Derecho. Se trata de revisar con herramientas críticas los preconceptos para establecer su utilidad en la construcción de las visiones del mundo; identificar las falsas ideas y rechazarlas categóricamente para evitar su seducción y los evidentes problemas de que son acompañadas; problemas alimentados por su campear tranquilo en la historia del pensamiento sin el freno oportuno de la razón.

Es oportuno y necesario identificar aquellas quimeras que han llevado a muchos hombres a una locura ciega de entrega en la búsqueda de la fastidiosa idea de que la muerte o el sacrificio irracional conducen, de manera directa y necesaria, a una paz completa y perfecta. El caso colombiano lamentablemente es muestra de la insensatez y torpe forma de enfrentar al otro, pues las estructuras del narcotráfico, la guerrilla, el paramilitarismo, y otros tantos teatros del engaño, enfrentan al ciudadano diariamente a la dura tarea de aventajar sus tentáculos y las funestas consecuencias sociales, económicas e históricas que acarrearán.

7 Ibid. Aforismo XLIV

8 Ibid. Aforismo XL.

Conflicto y armonía

Existir no es más que la oposición a la muerte, juego y lucha dialéctica por sobrepasar y exaltar la preeminencia de uno de los contrarios. Es lo femenino oposición a lo masculino, la ignorancia a la sabiduría, el poder a la esclavitud, pero no es la guerra un necesario opositor de la vida. Si de horror y espanto se trata, no es la afirmación anterior un ejemplo de ello, por cuanto la búsqueda del hombre dentro de cualquier *esquema radical*, ideológico o religioso, son las ideas absolutas y la perpetuidad; incluso, recurriendo a pretender que el enfrentamiento y la lucha a muerte sean la verdadera conjunción del valor del ideal perseguido.

Miles de hombres incautos, aunque absurdamente *sabios*, han sacrificado su vida y sus logros, tras la defensa de ideas vendidas por otros y tras el augurio de que su muerte es la encarnación de la verdadera lucha y de la premiación ideal de los justos. De mejor manera como lo insinúan las palabras de Maquiavelo: "...las armas ajenas, o te vienen grandes, o te pesan o te oprimen"⁹.

La pretensión no es defender la imposibilidad de encontrar la paz. Paz de hombres o de pueblos, paz con un posible Dios, paz con la conciencia, y más allá, paz con el otro. De hecho, el otro es el real significado de vivir, pues la soledad que produce la armonía y la igualdad debe ser rota con esporádicos enfrentamientos.

Luchar, guerrear es la única manera de sentir el deseo por continuar en este plano de existencia; sin embargo, hechos como el conflicto requieren reglas y acuerdos, pues en su definición, él es ya un acuerdo. Lo más importante de enfrentarse con el otro es acordando la real desigualdad y diseñando las reglas de la arena, del espacio de lucha, *...sin que la oposición conduzca a la supresión del otro, matándolo, reduciéndolo a la impotencia o silenciándolo*¹⁰. Mi lucha es con él, no con aquél; es decir: quién es mi oponente?, qué quiero ganarle?, cómo vamos a enfrentarnos?, cuál es el ídolo que me anima?

Es del gusto de algunos individuos neurotizados por sus absurdas convicciones, no entendidas siquiera por ellos, considerar que la crítica y la armonía no coexisten, y que, todo es un juego de poder, en donde: los hilos del mundo sólo son halados por el poderoso. Mal concepto de poder, pues poder es bajarse a escenarios tan simples y necesarios como establecer las reglas

9 Maquiavelo, Nicolás. El Príncipe. p. 56.

10 Zuleta, Estanislao. Sobre la idealización en la vida personal y colectiva. Pág. 77.



del combate. No es de éstos el triunfo sino la humillación de una lenta derrota, pues el ocultarse tras máscaras de soberbia reduce su propia incapacidad de igualar al verdadero guerrero o como lo dijera Rousseau: *“El más fuerte nunca es tan fuerte como para ser siempre amo, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber.”*¹¹

Si se combate, porque en ello está el valor de vivir, el primer combate es por reconocer al contendor, alinearse excluyendo al inocente y el segundo, es por dictar las normas del abierto enfrentamiento; de la libertad de enfrentar el ídolo interno para reconocer en el otro un igual en la diferencia.

Es posible que el problema de muchos radique en el concepto que aceptan sobre la libertad; es decir: confundir la libertad con la trasgresión de los límites impuestos por la realidad misma. No se trata pues de ser libre y desconocer, por ello mismo, hasta dónde llega el poder de rebasar al otro, de invadir las fronteras en el conflicto, pues muchas veces el combate es considerar que ser libre para luchar implica abrir los brazos en busca de la ilimitación ausente de razón. En otras palabras, libertad implica hablar de autodeterminación y **autorregulación**, aceptación autónoma de límites y de contendores. Más complejo aún, la frecuente creencia histórica de que el poder siendo visible para todos, opera como sinónimo de aquella *libertad que da derecho*, ha permitido funestos resultados

11 Rousseau, Jean Jacques. El Contrato Social. Pág. 9.

para individuos inmersos en conflictos, pues *“la doctrina de que el Derecho es Poder se convierte insensiblemente en la creencia de que el Poder es Derecho.”*¹²

Si el Cielo, la Iluminación o el Nirvana existen, la historia ha demostrado que el conflicto y la lucha son necesarios para acceder a ellos y que su aseguramiento parte de imponerse; además, el momento de la armonía con el otro, o consigo, debe romperse de manera continua si se desea soportar el peso de la cabeza con sus ideas sobre los hombros, pues las ideas se convierten en el continuo proceso de extenderse avasallando al otro y de bordear sus pasos con la hegemonía de la razón; no obstante, en periodos bastantes extensos de nuestra historia no era posible entrever el valor que el sujeto, como fuente y pasión del conocimiento, poseía en el entorno del crecimiento del mundo, de la ciencia y de la humanidad misma. Idea ésta que se había interpretado, aún para algunos, como sinónimo de lucha y de enfrentamiento con aquel que aparentemente no posee el dominio de los saberes y por ende, el de los hilos de su propia historia.

4. Educar para el combate y la armonía

La educación se edifica como la cantera del conocimiento y de la lucha por establecer las normas del combate, construcción de procesos que mediaticen las soledades y el cúmulo de ideas en búsqueda de adalides que den vida al sujeto inmerso en sus dolores. Porque lo más importante es el lugar de prevalencia del individuo por encima del conocimiento mismo. Lo más digno es el hombre conciente de su conciencia, actuante en sí y para sí.

La educación constituye un proceso en el cual se disfrutan o evidencian grandes experiencias, retos y cambios, lo que representa una labor en donde se invierte mucha energía para responder adecuadamente a los altibajos de la vida de los jóvenes, para crear estrategias que les permitan crecer y desarrollarse de una manera saludable; para ello es necesario percibir cómo ven sus mundos, cómo se comunican y cómo se comportan en cada una de las etapas de la vida.

El mundo de lo global impide hablar del mero lucro del conocimiento e insiste en mirar con más respeto al hombre, en cuanto partícipe de ideas en la construcción de pensamiento, a partir de sus propias pasiones, de su propia lucha por com-

batir los ídolos y prejuicios que enfrentan sin limitaciones en el combate.

La labor inherente al enamorado del saber, al **educador**, corresponde a vigilar, de manera constante, la calidad del conocimiento que se vierte en las conciencias y en el valor agregado, que se suma, para que la cosecha futura irrumpa con fuerza en la construcción de proposiciones de cambio. Es él quien determina los medios y las maneras de formación cognoscitiva, la calidad del contacto pedagógico y, vigila que las conciencias se desarrollen en la libertad del concepto y la razón.

Desde la antigua perspectiva aristotélica, el hombre desarrolla su potencial político desde el momento de nacer, pues la política se asume como la capacidad de relacionarse en un mundo con necesidades de transformación a través de los conceptos y de las representaciones del mundo que se poseen. El docente está llamado a crear las condiciones que posibiliten la socialización coherente entre quienes han optado por la civilidad y que son parte activa de la trama intrincada de las relaciones sociales.

El trabajo de establecer las reglas de la lucha del sujeto con sus propios haberes y, con aquellos que intentan verter nuevas concepciones, es ardua y de continua unión entre quien se apega al conocimiento, quien demarca las conductas de la convivencia y quien posee la manera de canalizar, por su saber, la perfecta correlación entre las ideas, la vida y el eterno combate.

En muchas ocasiones, las soluciones planteadas como óptimas para mejorar procesos de conflicto social o individual, desconocen las reales causas del enfrentamiento y deben ser vistas desde una perspectiva más justa y menos construidas en dictámenes de la simple observación tradicionalista, pues el sujeto pierde su sitio y se desdibujan las reales luchas internas con que se compromete en la vertiginosa carrera de la vida.

La idea central que enmarca las condiciones del joven en la generación que le ha tocado afrontar, versa su sazón en la continua disputa con el otro, con el conocimiento —que cuestiona sus propias convicciones— y con las normas que bosquejan su personalidad. No es necesario simplemente escuchar sino, hallar quién posea la capacidad de percibir los gritos de la juventud ávida de cantar su oda a vivir, en un mundo pleno de contradicciones y de hombres con las manos llenas de ideas, pero carentes del sentido visceral de vivir para vivir.

Son llamados pues los docentes a establecer los parámetros claros en su discurso que permitan fundar sujetos con las aptitudes y las actitudes, suficientes y necesarias, para reconocer el conflicto, sus causas y las herramientas para superarlo no sin delimitar con claridad los alcances de la libertad y las restricciones que las quimeras internas, en algunos casos impuestas, infringen en el desarrollo de los individuos en su mundo.



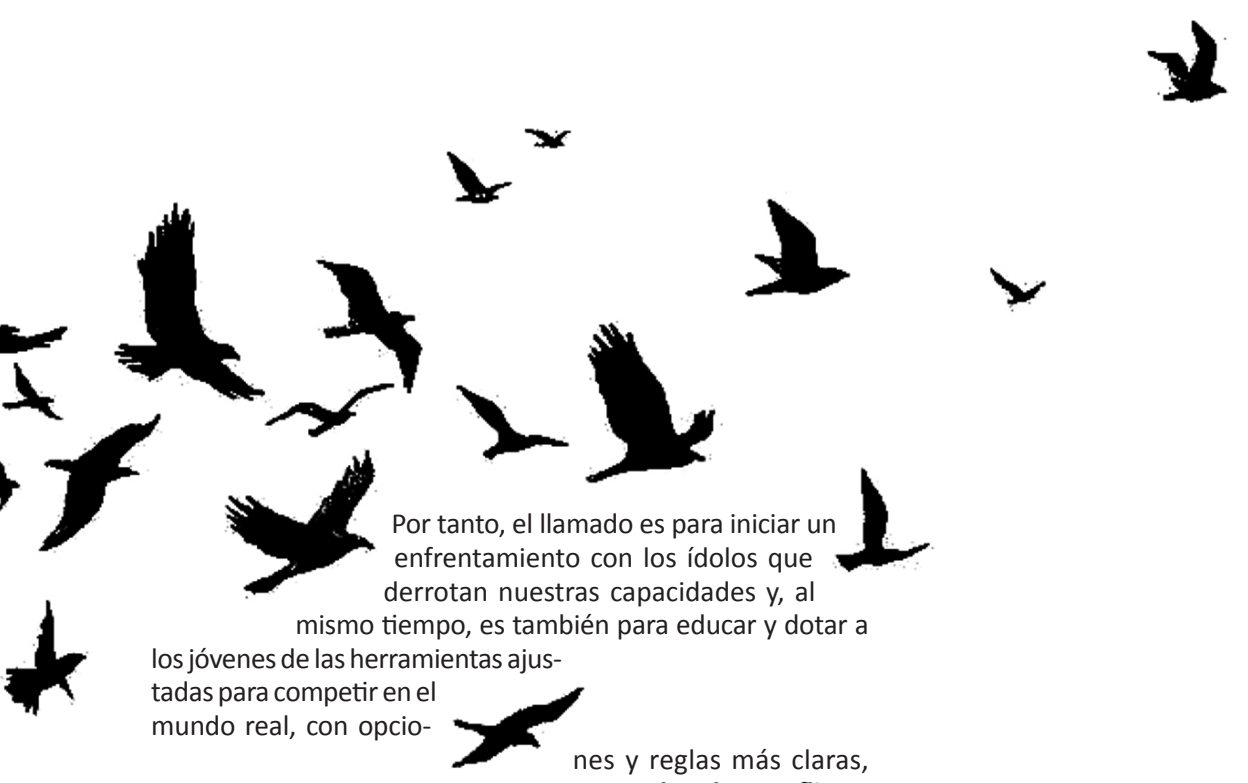
5. Conclusión

Lo expuesto permite realizar una visión general sobre el problema de los diversos conflictos a los que diariamente puede el ser humano enfrentarse con el asomo innegable de una cantidad ilimitada de ideas y prejuicios que desdibujan y entorpecen la comprensión

de lo real, lo que conduce necesariamente a una dificultad manifiesta para entender los fundamentos de cualquier tipo de enfrentamiento y lo que es más grave, imposibilita al sujeto para determinar las reglas claras para tornar al estado en que el conflicto se supera, se resuelve.

El camino indiscutible

es el de la educación planeada, coherente con la necesidad social y dirigida por docentes enamorados del saber y con capacidades incomparables, pues su labor es con los sujetos más importantes de la trama social: *el hombre virtuoso* que debe oficiar como guía de la sociedad, con la obligación de ser ejemplo como *representante del estado, garante de los derechos y la Ley.*



Por tanto, el llamado es para iniciar un enfrentamiento con los ídolos que derrotan nuestras capacidades y, al mismo tiempo, es también para educar y dotar a los jóvenes de las herramientas ajustadas para competir en el mundo real, con opcio-

nes y reglas más claras, para **resolver los conflictos** diarios de un país necesitado de **líderes** con el carácter suficiente para ser proponentes de opciones claras sobre el valor de vivir.

Queda entre el tintero la urgencia de ahondar, en futuras oportunidades, en el problema del arbitrio y la libertad como conceptos inherentes al conflicto social; además, en los problemáticas específicas que los ciudadanos enfrentan por causa de los prejuicios que rondan en lo social y el conocimiento humano.

No queda más que agradecer al diligente lector que llegó hasta este punto sin que algunos apartados lo hayan sumido en el sopor del sueño y también es de agradecer que, aquellos constructores de ideas y teorías, ingresen en la lid de proporcionar instrumentos más claros que nos permitan una formación adecuada en lo tocante a resolver el conflicto interno y los del mundo de lo colectivo.

Bibliografía

Bacon, Francis. Novum Organum. Ed. Porrúa. México D.F. 1991, p.187.

Maquiavelo, Nicolás. El Príncipe. Ed. Altaya. Barcelona. 1993, p. 111.

Rousseau, Jean Jacques. El Contrato Social. Ed. Panamericana. Bogotá. 1996, p. 228.

Russell, Bertrand. Ensayos Filosóficos. Altaya. Barcelona. 1993, p. 236.

Zuleta, Estanislao. Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos. Procultura. Bogotá. 1985, p. 203.

VII Concurso de Cuento 2015

Universidad de Manizales



eternos). Olive
de colapso (e
preparada para un

A propósito de un
el escalofrío, la
sitio en el imagi
historias de miedo
que recibí mi Olivet
eco) de una máquina fa

mar de veces me rev
esuchando esa máqui
descarnado. En ocasiones



50
Virtus

Rutina raticida*

DANIEL ALEJANDRO MEJÍA OCHOA

Adolfo era un tipo aburrido y muy normal. Tenía una rutina que copaba todo su día. Levantarse a las 5:00 a.m. Preparar el desayuno: huevos con pan duro y un café de baja calidad mientras escuchaba las noticias en una vieja radio. Bañarse y salir a su trabajo a las 6:00 a.m. Coger el mismo bus, pagar el mismo pasaje, viajar por las mismas calles sucias todos los días, llegar al trabajo y saludar a su jefe. Sentarse en la oficina desde las 8:00 a.m. y redactar seis informe antes de las 10:00 a.m. Tomar café mientras charlaba con sus compañeros hasta la 10:15 p.m. Preparar dos informes más hasta las 12:00 del mediodía. Reclamar su almuerzo en la cafetería a las 12:15 p.m. para comerse los mismos frijoles con arroz y jugo de tomate de árbol. Estar de nuevo en su puesto de trabajo a la 1:00 p.m. y redactar seis informes más hasta las 4:00 p.m. Tomarse otro café con una charla similar a la de la mañana hasta las 4:15 p.m. Volver a su cubículo y redactar los dos últimos informes del día hasta las 6:00p.m. Recoger sus cosas y ponerse su vieja chaqueta, despedirse de su jefe, bajar las mismas escaleras, coger el mismo bus que recorre las mismas calles y vale lo mismo para llegar hasta su casa, arribar a la 8:00 p.m. Encender la vieja radio, prepararse un café con leche como cena con un par de galletas y dormirse a las 10:00 p.m.

Era una vida miserable, por lo menos eso sentía Adolfo. Odiaba su rutina, su desayuno, su cama, la ruta hacia el trabajo, a su jefe, a sus compañeros, odiaba la maldita radio que sonaba a las 6:00a.m y a las 8:00 p.m. en su casa, odiaba su casa, su chaqueta vieja y todo cuanto significaba vivir esa vida. Sus sueños de viajar y ser alguien importante, de tener una familia, se habían visto reemplazados por una capa de monotonía deshumanizante, Adolfo se odiaba a sí mismo

Pero un día Adolfo despertó en la madrugada tras escuchar un ruido proveniente de la cocina. Repaso mentalmente su agenda y se percató de que eso no esta estaba en ella. Se paró asustado y se dirigió allí. Cuando llego encontró un desastre, los recipientes que contenían el café y las galletas que hacían las veces de desayuno y cena estaban en el suelo esparcidos de manera violenta. Su primer pensamiento fue que haría cuando llegará el momento de desayunar, no tenía plan B, nunca había



51

Virtus

* Primer puesto en el VII Concurso de Cuento 2015 convocado por el Departamento de Humanidades y Extensión Cultural de la Universidad de Manizales

sentido semejante desespero. Cuando algo de razón iluminó su mente, disipó esa duda y se concentró en buscar al responsable. Descartó la idea de un ladrón, tendría que ser un individuo inclusive más miserable que él para robarle, además la vieja radio seguía en su lugar. Cuando observó minuciosamente el suelo encontró restos de excremento pequeños, regados en pequeñas bolas acompañadas de unos charcos de orines que olían muy fuerte, esto lo había visto una vez en su niñez, ¡claro! Cuando vivía en esa enorme casa en el campo con sus padres, eran los signos de la existencia de una rata.

¡Una rata! Se dijo a sí mismo y un mareo intempestivo se adueñó de su cuerpo y cayó sobre una silla. Había leído sobre todas las infecciones que podían transmitir, también recordó la gran capacidad para adaptarse al entorno y la enorme habilidad que tenían para escalar, trepar, esconderse y huir, ¡ah!, y por supuesto, de morder. Cuando recobró la compostura recordó que tenía un libro que hablaba sobre plagas, y se dirigió a la biblioteca por la cual había perdido el encanto hacía mucho tiempo, y lo buscó. Ante la imposibilidad de irse a dormir, leyó todo lo que pudo sobre ratas y encontró el dato más revelador sobre el proceso de exterminarlas: primero hay que ganarse su confianza, pues son reacias todo lo nuevo en su entorno, por ende, necesitan percibir alimento que hará las veces de carnada. Adolfo recordaba que les gustaba el queso. Había uno en la nevera y fue por él, efectivamente estaba podrido, pero este no era un factor que alterara su efectividad, antes la potenciaba para los fines propuestos. Recogió lo poco que pudo de café y examinó las galletas que parecían no estar contaminadas, puso un poco de queso en medio del suelo de la cocina, apagó la luz y se fue a su cama. Las ansias no lo dejaron conciliar el sueño y la se la pasó pensando cómo sería la muerte de esa plaga, de ese desgraciado animal que se había atrevido a perturbar su rutina, que aunque la odiaba, era lo único que tenía.

Adolfo no pudo cerrar los ojos. Sonó la alarma a las 5:00 a.m., se levantó de un salto y se dirigió corriendo a la cocina, el pedazo de queso ya no estaba. Se preparó el desayuno, los mismos huevos con el mismo pan duro y el café de mala calidad que había logrado rescatar, mientras en el fondo sonaba la vieja radio. A las 6:00a.m. ya estaba listo y esperando el bus para ir al trabajo, pero pensó que si quería atrapar a la plaga que amenazaba su rutina debía comprar trampas, así que ese día no tomó el bus, caminó, pues en el recorrido había una tienda. Entró a comprar las trampas, pero se sentía extraño, había gente nueva a su alrededor y no le gustaba mucho. El cajero lo saludó y recibió el dinero. Ahora se dirigía a la oficina,

con diez minutos de retraso y una bolsa extraña en la mano. Llegó a las 8:10 a.m., saludó a su jefe el cual lo reprendió por su impuntualidad, nunca antes le habían tenido que llamar la atención, su odio hacia la plaga aumentó. Se sentó en su escritorio y en el tiempo que debía redactar seis informes solo alcanzó a redactar cinco, su mente estaba distraída, únicamente tenía cabida en su cabeza la imagen de la trampa ahogando de manera violenta a la rata, escuchaba el chillido que salía de un cuerpo que se despedía de la vida, sonreía al imaginar la escena.

A las 10:00a.m no salió por el café, sus compañeros fueron hasta su cubículo para preguntar que sucedía, él solo señaló el informe que lo atrasaba. Completó tres informes más y a la hora del almuerzo ni toco los frijoles. Su rara actitud había turbado la rutina de la oficina, todo hablaban de él y empezaron a correr los más extraños rumores: que su madre había muerto, que le habían diagnosticado una enfermedad terminal, que las drogas lo tenían perturbado, y esos por mencionar los más tranquilos. En la tarde logró enfocarse y completo el objetivo de la entrega de informes. Salió con su vieja chaqueta a las seis pero no cogió el mismo bus, no, esta vez hizo el recorrido a pie hasta su casa, sentía la necesidad de aclarar la cabeza.

Durante el recorrido se percató de que las calles no eran tan desagradables como las percibía desde el bus. A esa hora las luces empezaban a disipar la oscuridad y las aceras se llenaban de transeúntes que volvían de sus trabajos. Mientras iba absorto en sus pensamientos un balón de fútbol cayo de repente sobre sus pies y ya de nuevo en la realidad levantó la cabeza y vio como un grupo de niños le pedía que le enviara de vuelta el balón, ¡Ay, la infancia! Recordó que fue un niño feliz, ¿en qué momento había caído en esa pesada capa gris que pintaba su existencia? Les devolvió el balón mientras sonreía y prosiguió su caminar. La noche era hermosa, la luna brillaba como nunca la había visto y la gente que estaba a su alrededor parecía impregnarle una actitud positiva No se sentía así desde que era niño.

Entró en la misma tienda que en la mañana y el cajero lo saludó más amablemente. Recordó que la rata lo había dejado sin los ingredientes básicos de su dieta y compró café, pero esta vez uno de mejor calidad, lo mismo que las galletas. La tienda ya no se hacia tan insoportable, pagó los nuevos productos y se despidió amablemente del cajero. Llegó a casa y en vez de prender la radio se dirigió a su biblioteca, había sido una herencia y estaba llena de toda clase de libros. Se entretuvo ojeando diferentes volúmenes de anatomía y enciclopedia,

preparó el nuevo café y lo disfrutó, ¡sí, lo disfrutó! Las cosas estaban cambiando y no le desagradaba.

Cuando llegó el momento de poner la trampa con el queso, Adolfo lo dudó, la aparición de esa rata estaba cambiando su vida, si la cazaba corría el riesgo de volver a su rutina. ¡Pero su rutina era lo único que tenía!, ¡sí, pero la odiaba!, ¡pero esta nueva oportunidad no era algo seguro!, pero podía ser algo mejor ¡pero, pero, pero, pero. Su cabeza entró en un combate que finalmente fue ganado por la terquedad, puso el queso en la trampa y se fue a dormir.

Contrario a lo que creía que iba a ser una noche de debate interno, logró conciliar el sueño. Durmió como un bebe y tuvo un grato sueño: se vio a sí mismo entrando en la tienda para buscar más ingredientes cuando de pronto tropezó con una dama. Era rubia, de ojos azules, figura esbelta y delicioso aroma. Ambos rieron entre disculpas cruzadas. Le preguntó su nombre y le dijo que si podía compensarle invitándola a un café. Ella aceptó y entonces tuvo una cita. Fue amor a primera vista, ella se llamaba Carolina y era médica. Conversaron largo rato y sus encuentros se volvieron más frecuentes y cariñosos. Su vida fue adquiriendo un tinte distinto, era feliz de verdad ¡FELIZ! Luego de que formalizarán su relación, Carolina recibió una gran herencia y ambos partieron de viaje por todo el mundo. Los besos en París, las fotos en Manhattan, los sombreros comprados en Moscú y el pisco que tomaron en Perú, nada se podía comparar con lo que se había convertido su vida. Al cabo de varios años nació Sara, su primera hija, Era una hermosa niña de tez blanca y rubia, tenía los ojos de su madre y desde ese momento la felicidad fue completa. Y todo, todo ese cambio, esa felicidad imperante, ese delirio de amor que se había convertido su vida a causa de la aparición de un pequeño roedor portador de alegría. Despertó de repente y salió corriendo a la cocina, necesitaba desactivar la trampa rápido, cuando sonó un ¡CLICK! Seguido de un estridente chillido. Encontró en la cocina, en la trampa a la rata que se despedía de la vida con los últimos quejidos, salvando con su muerte la rutina de la vida de Adolfo. En la vieja radio que siempre estaba el fondo comunicaban la hora, eran las 04:56 a.m.



Una función ardiente*

JUAN DAVID MARTÍNEZ ZULUAGA

Sería una noche calurosa y para recordar. Tras tantas insistencias, María había aceptado la invitación de Abraham. Irían a cine a ver “Las Ventajas de ser marginado”, del director Stephen Chobsky. Abraham sabía que la cinta se basaba en un libro anónimo, sin embargo, nunca había manifestado mayor atención de incluirlo en su dieta de lectura, ya de por sí precaria. En realidad, los libros le importaban poco. Había elegido la película pensando en María, quien en contraposición, si era una fervorosa lectora.

La expectación crecía en el pecho de Abraham. Esperaría a su dama de ensueño en el vestíbulo del multiplex, comerían palomitas, avanzada la película y en el momento preciso la besaría... luego se dejaría llevar por la situación y sus juguetones dedos comenzarían a explorar el cuerpo de la fémina... quizá con algo de suerte, la velada podría extenderse tras la función y calificar para mayores de dieciocho.

Decidido, agarró su chaqueta de cuero, su celular, metió las fichas de autobús en el apretado bolsillo de su blue-jean y partió. A las nueve y media, con las manos sudadas y un vacío en el estómago similar al vértigo, Abraham esperaba. Su invitada no llegaba. Aunque el teatro estaba vacío, los encargados de limpieza trabajaban sin descanso. Como si se preparasen para una multitud profetizada. El bolsillo de su chaqueta comenzó a vibrar y a emitir una tenue luz. Contesto tan rápido como pudo su móvil. Su tímpano se encontró con una estridencia intimidante, que apenas si dejaba escuchar en un segundo plano la voz de María. “Se me presenta un inconveniente, no puedo ir, lo siento”, dijo la dama con tono gélido; seguido de eso se escuchó un ligero pitido que se encargó de finalizar del todo la conversación. Abraham contempló la nada durante unos instantes. Respiró hondo y tragó trabajosamente un extraño e incomodo peso en su garganta. Aunque pensó en retornar vencido a su casa, prefirió en cambio, con un arrebato inusitado, comprar un boleto e ingresar a la función programada para la diez en punto.

* Segundo puesto en el VII Concurso de Cuento 2015 convocado por el Departamento de Humanidades y Extensión Cultural de la Universidad de Manizales



Desde lejos podían apreciarse grupos de parejas diseminadas por toda la sala, casi vacía. Abraham tomó asiento y aunque el proyector comenzó con su labor, rápidamente se perdió en sus pensamientos. Recordó la excusa de María. La entonación que había utilizado en cada una de las sílabas pronunciadas, así como la música que se encargó de enmarcarlas. No era más que otro rechazo que iba a parar a la lista de “! Lárgate ! ¡Ni lo sueñes! ¡Jódete! ¡Ugggh! ¡No! Y ¡Estoy ocupada!” , sin contar las carcajadas estridentes. Por lo menos esta había resultado siendo más original que los demás

El ruido de besuqueos que provenían de sus vecinos de la fila superior, le hacía sentirse todavía peor. Procuró ignorarlos, pero la pasión no parecía tener fin, y daba la impresión que emanaba calor en todas las direcciones. Abraham observó sus propias manos y notó que seguían empapadas... pensó entonces en la fogosidad hormonal de la pareja... el calor... el fuego... Abraham recordó aquel hecho que había leído sobre el cine que por una falla eléctrica había desatado un episodio infernal. La conflagración inició tras la pantalla y en un abrir y salir los ojos, las llamas abrazaron el recinto. Todos los asistentes habían muerto calcinados, al no poder escapar por la insuficiencia de salidas de emergencia, “¿Aquel lugar tendría las suficientes dado el caso?”, se cuestionó.

El filme se terminó y Abraham volvió a la realidad. No había fuego ni parejas calcinadas a su alrededor, solo soledad y desprecio. Cuando salió al vestíbulo se sorprendió al hallarlo atiborrado de personas. Largas filas marchaban arrítmicamente a las salas, donde se proyectaría una función V.I.P de medianoche. Abraham ignoraba qué película podría ser; a pesar de ello, inmediatamente se percató que tenía que ser muy popular. Hombres y mujeres, niños y niñas de todas las edades

gritaban emocionados por el estreno; algunos, incluso, estaban disfrazados de los que parecían ser sus personajes.

Sintiéndose mareado y acorralado por la muchedumbre, Abraham se dirigió con paso firme al lavabo, con la intención de mojarse la cara. Tras soportar una larga y aparentemente inamovible fila, ingresó a los baños y estrelló contra su rostro el frío líquido. Se miró al espejo, y aunque este le entregó un reflejo serio, húmedo, huraño y tosco; dentro de sus ojos podría vislumbrarse una abisal pesadez y melancolía. A los lejos comenzó a escucharse una fuerte algarabía.

Molesto, Abraham se estregó los ojos y salió del baño. Quería abandonar al multiplex lo más pronto posible, correr y escapar de aquel ambiente. Cuando nuevamente estuvo en el hall, le embargó un fuerte escozor en la garganta, las fosas nasales y la vista. Un humo blanco invadía la estancia; la gente corría y otros se arrastraban. De entre la nube perlada se dibujó una silueta delgada. Llevaba el pelo rojo, gabardina, lentes, una pañoleta que cubría su rostro; cargaba una escopeta entre las manos flacuchas. Sin dilación, el individuo apuntó a Abraham y accionó el gatillo. El disparo dio de lleno en el pecho del muchacho, aquel que había sido herido tantas otras veces. El golpe obligó al cuerpo de Abraham a caer de espaldas. Boca arriba, con un dolor palpitante y ardiente, capaz de cortar la respiración y que salía de sus entrañas, ahora expuestas, el chico pudo ver nombre de la película que a todos causaba revuelo: El caballero de la noche asciende



57
Virtus

Resurrecciones

JULIO FLÓREZ

*Algo se muere en mí todos los días;
la hora que se aleja me arrebató,
del tiempo en la insonora catarata,
salud, amor, ensueños y alegrías.*

*Al evocar las ilusiones mías,
pienso: "¡yo, no soy yo!" ¿por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?*

*Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.*

*Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que, ante mi muerte próxima, imagino
que muchas veces en la vida...he muerto.*



ÉTICA

Y CONVIVENCIA

*Pongámonos en
los zapatos
del otro*

